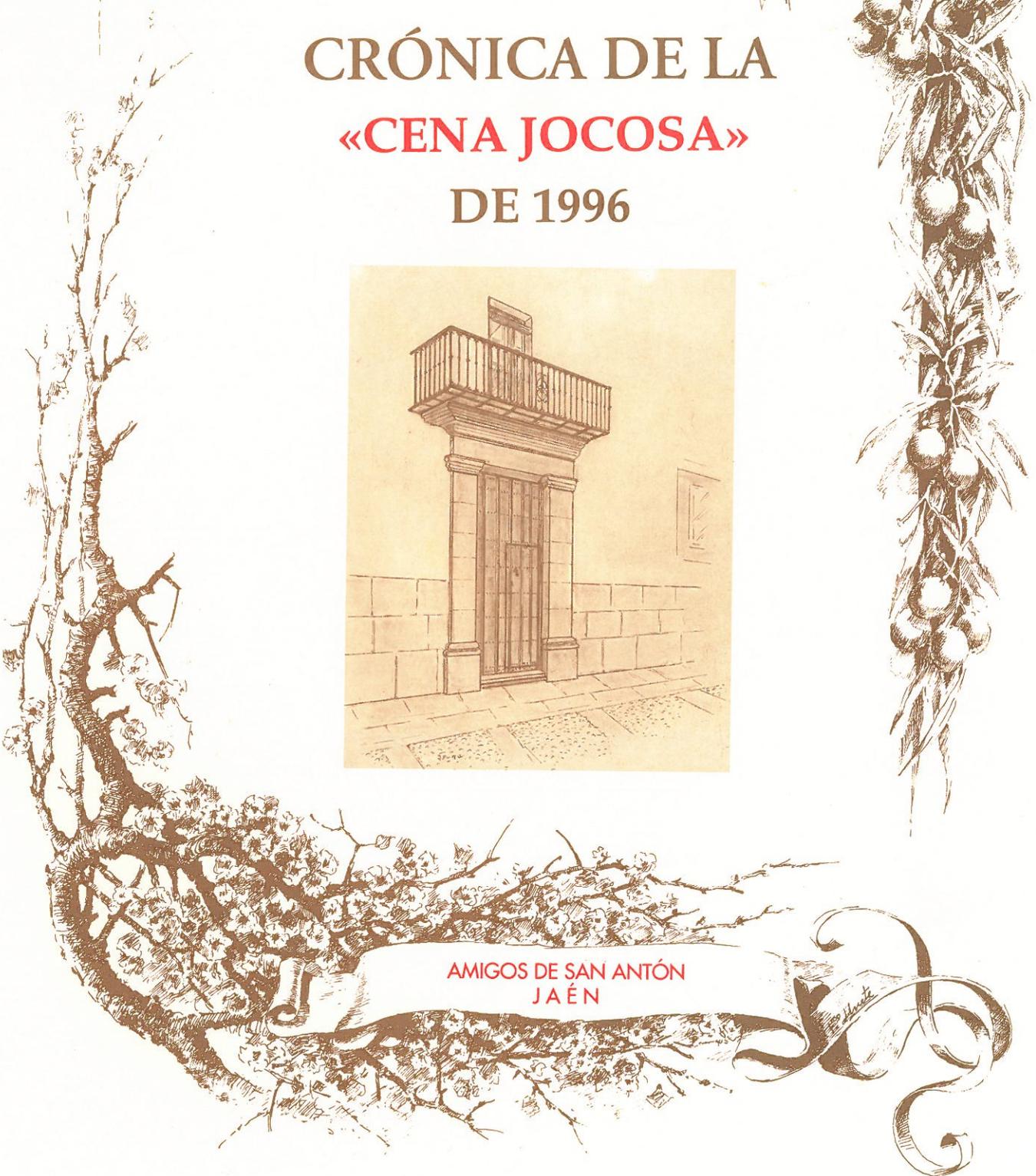
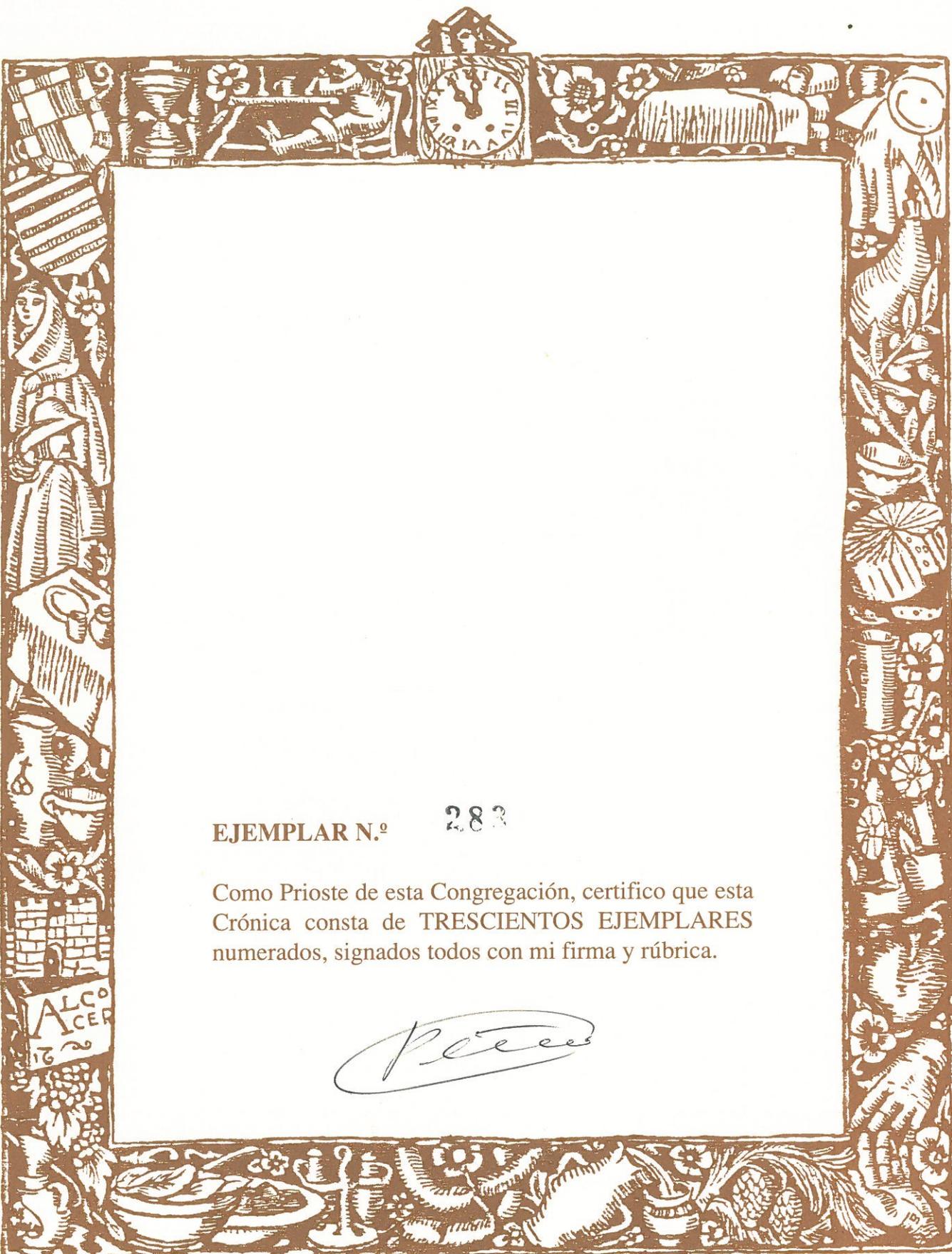


CRÓNICA DE LA
«CENA JOCOSA»
DE 1996



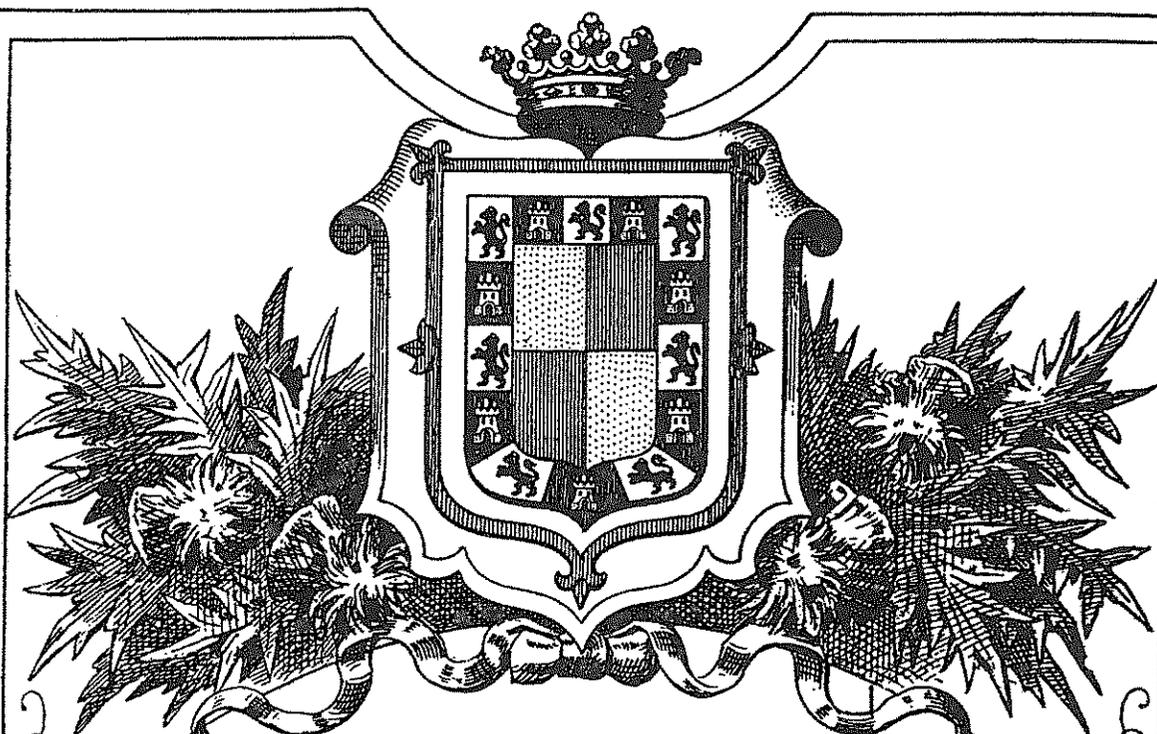
AMIGOS DE SAN ANTÓN
JAÉN



EJEMPLAR N.º 283

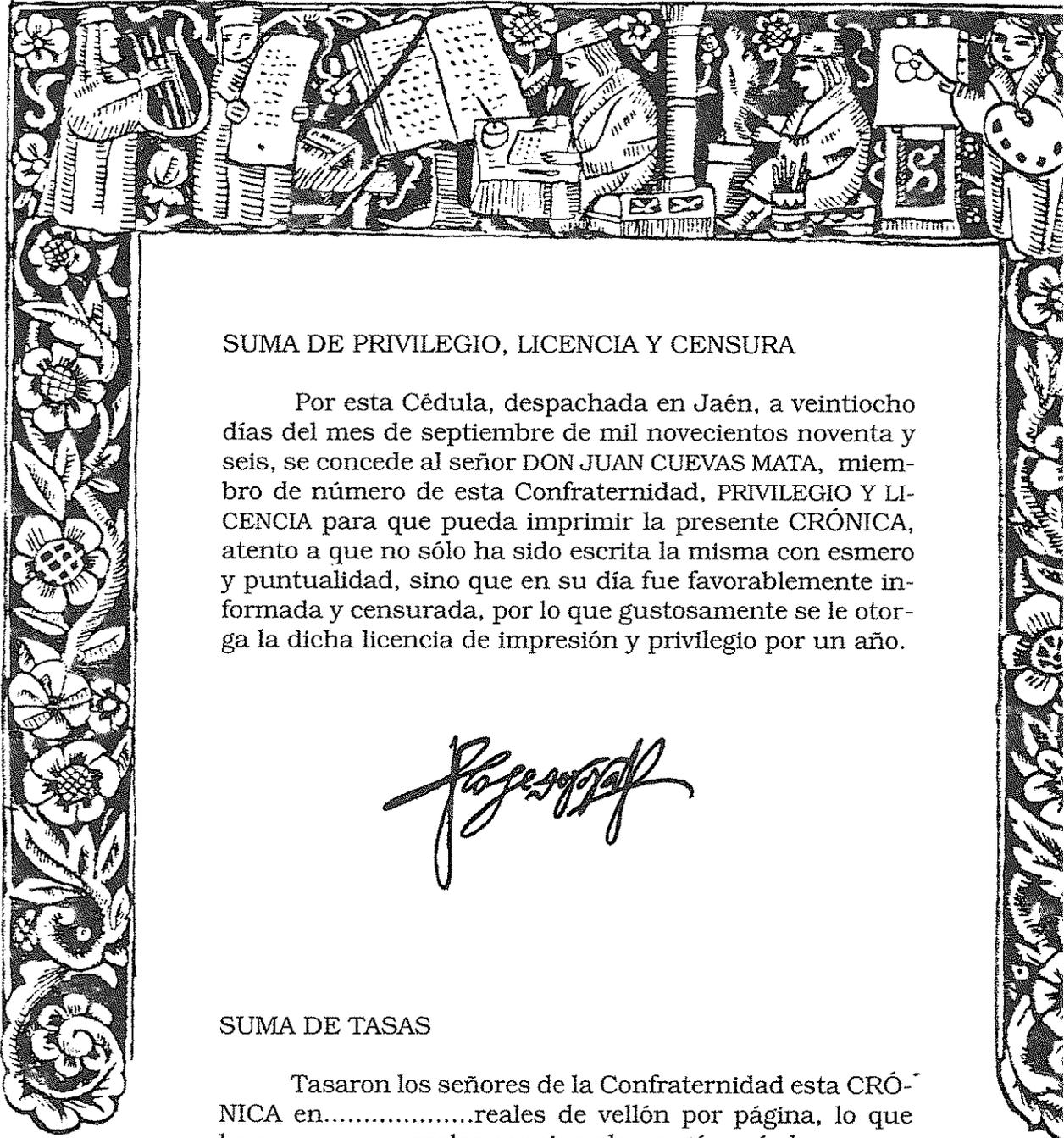
Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de TRESCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.





CRÓNICA DE UNA MUY FAMOSA CENA
QUE LOS AMIGOS DE SAN ANTÓN CELEBRARON
EN LA NOCHE DEL DÍA VEINTITRÉS DE
NOVIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS
NOVENTA Y SIETE, EN ESTANCIAS
PRINCIPALES DE LA CASA NÚMERO DOS
DE LA CALLE MADRE DE DIOS DE JAÉN,
POR ACOGIMIENTO DE SUS DUEÑOS
DON JOSÉ SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ
Y DOÑA PURIFICACIÓN
PEINADO LEÓN





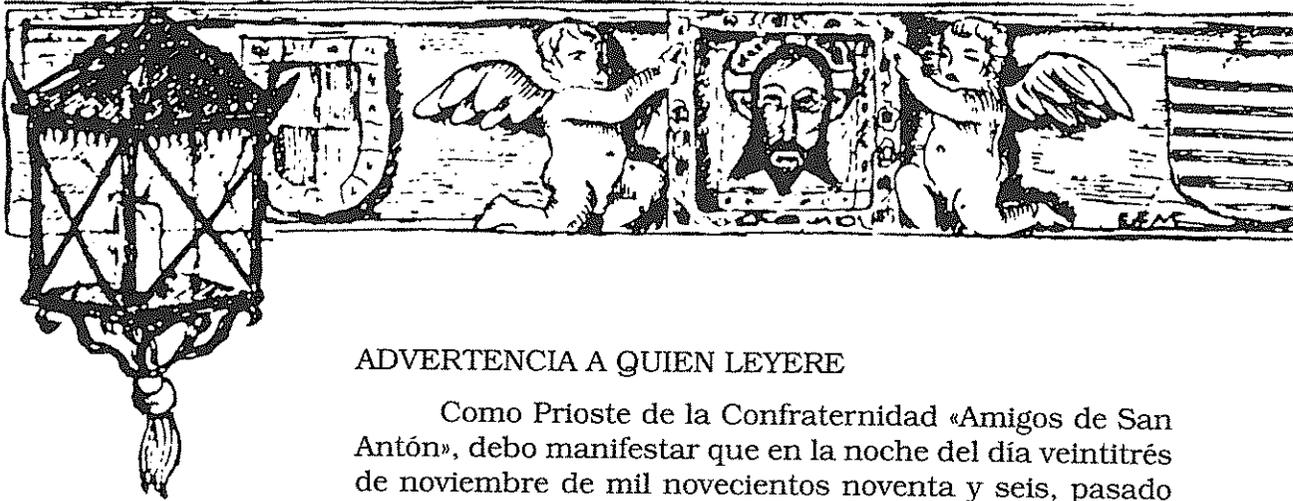
SUMA DE PRIVILEGIO, LICENCIA Y CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a veintiocho días del mes de septiembre de mil novecientos noventa y seis, se concede al señor DON JUAN CUEVAS MATA, miembro de número de esta Confraternidad, PRIVILEGIO Y LICENCIA para que pueda imprimir la presente CRÓNICA, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con esmero y puntualidad, sino que en su día fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga la dicha licencia de impresión y privilegio por un año.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Juan Cuevas Mata".

SUMA DE TASAS

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en.....reales de vellón por página, lo que hace.....reales por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la dicha Confraternidad de «Amigos de San Antón», el día primero de octubre de este año de gracia de 1997.



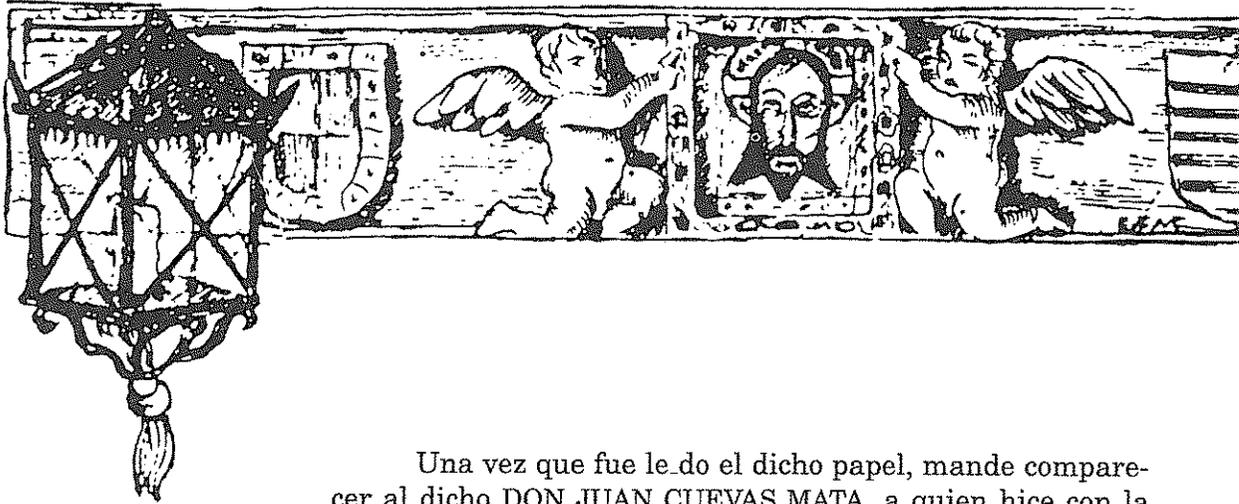
ADVERTENCIA A QUIEN LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad «Amigos de San Antón», debo manifestar que en la noche del día veintitrés de noviembre de mil novecientos noventa y seis, pasado que había sido el toque de ánimas y, estando reunida la dicha Confraternidad, así de miembros de número como de honor, en estancias principales de la noble mansión marcada con el número uno de la calle Madre de Dios de la ciudad de Jaén, por hospitalario acogimiento que en ella hicieron sus propietarios *don José Sánchez y Sánchez* y *doña Purificación Peinado León*, leí cierto papel cuyo tenor es el siguiente:

«Notorio y manifiesto sea a los aquí presentes, cómo la Asociación Amigos de San Antón, estando junta y congregada como lo hace de uso y costumbre, para tratar de conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día veintiocho de septiembre de 1996, en la estancia alta del Arco de San Lorenzo de Jaén, entre otros, se adoptó el siguiente acuerdo:

«Vistas y detenidamente examinadas las circunstancias que concurren en el honorable señor DON JUAN CUEVAS MATA, miembro de número de la Asociación, se conviene en proponerle que sea el Cronista o Relator de la Cena Jocosa o Cena de Santa Catalina de 1996, debiendo se la Crónica que realice, fiel y exacto reflejo de todo cuanto en ella aconteciere».

Dado en Jaén, 15 de octubre de 1996.



Una vez que fue le.do el dicho papel, mande comparecer al dicho DON JUAN CUEVAS MATA, a quien hice con la solemnidad debida las preguntas de rigor:

—Muy honorable señor DON JUAN CUEVAS MATA, ¿sois conforme en redactar fiel y cumplida CRONICA, de todas cuantas cosas viereis y oyereis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina de 1996?

A lo cual atentamente respondió el referido DON JUAN CUEVAS MATA:

—S., lo soy,

O.do lo dicho, como Prioste manifestele:

—Complacidos agradecemos esta aceptacion, y os encarecemos y exhortamos a quen sin demora ni dilacion alguna comenceis el encargo, entregandoos para ello el correspondiente recado de escribir.

Acepto el tal DON JUAN CUEVAS MATA el recado del mejor grado, recibiendo con el las noraguenas y parabienes de los presentes.

Y por ser de utilidad, yo el Prioste, pongolo aqu. por testimonio para conocimiento de quien leyere.



ASISTENTES A LA CENA DE 1996

En pie: Felipe Molina Verdejo.- Luis Armenteros Basterrechea.- José Sánchez y Sánchez.- Purificación Peinado León.- Alfonso Parras Vilchez.- Miguel Calvo Morillo.- Vicente Oya Rodríguez.- Manuel López Pérez.- Francisco Olivares Barragán.- Pedro Casañas Llagostera.- Luis Coronas Tejada.- Angel Aponte Marín.- Juan Eslava Galán.- José Casañas Llagostera.- Juan Higuera Maldonado.- Purificación Peinado Uclés.- María Isabel Sancho Rodríguez.- Juan Castellano de Dios.

Agachados: Pedro Jiménez Cavallé.- Fernando Lorite García.- Angel Viedma Guzmán.- Antonio Martos García.- Antonio Casañas Llagostera.- Antonio Martínez Lombardo.- Juan Cuevas Mata y José María Pardo Crespo.



San Antonio Abad, patrón de los cordoneros.
Grabado del Estatuto de la Hermandad de Cordoneros de la ciudad de Granada.
Archivo de la Real Chancillería de Granada

CENA JOCOSA 1996

Este año, la Confraternidad de Amigos de San Antón, siguiendo la costumbre de encomendar a alguno de sus miembros el «recado de redactar con fiel exactitud todas cuantas cosas viere y oyere en el desarrollo de la Cena de Santa Catalina», ha tenido a bien hacer recaer en mi humilde persona tan honroso encargo, por lo que tengo que comenzar agradeciendo la confianza depositada en mí por tan notables amigos, que con tan buenas muestras de aprecio me han distinguido de un tiempo a esta parte. Debo decir también, que acepté el encargo más movido por el agradecimiento del honor recibido que por considerarme digno de él, por lo que os ruego a todos que hagáis un esfuerzo por disimular mi torpe prosa y razonamientos, que no son más que el reflejo de mi poco seso.

Como viene sucediendo desde hace diecinueve años, los Amigos de San Antón fuimos convocados a la Cena Jocosa o de Santa Catalina de mil novecientos noventa y seis mediante una cédula escrita en papel por el Criado Portugués, en bien trazada letra gótica y cerrada con su sello de cera colorada, en cumplimiento de los deseos de su señor don Lope de Sosa, para el día veintitrés de noviembre.



Ilustre e respetado Amigo de Señor Sant Antón: Yo so aquí venido por vos mostrar, cómo mi señor Don Lope de Sosa despachóme anunciar a V. M., que un año más es ha cercana la celebranza de la tan aguardada Cena Jocosá o Cena de Señora Santa Catherina.

Este su servidor, con debido acatamiento a su mandato e de él usando en el dicho su nombre, pláceme hacer notorio a V. M. que la dicha Cena ha de ser hecha el sábado, día que se contará veintitrés de noviembre que vendrá, pasado que sea el toque de ánimas.

Díjome asímesmo, que por dadivoso cobijo e munífico acogimiento de los notables e solariegos señores, Don José Sánchez e Sánchez e Doña Purificación Beinado León, serán las estancias principales de su morada, mansión marcada con el número uno de la calle de la Madre de Dios desta ciudad de Jaén, las que recibirán a la bien nombrada confraternidad de Amigos de Señor Sant Antón para tan memorable suceder.

É dícame mi señor, que una vez todos ayuntados e bien acomodados, deben aplicarse a la dicha Cena, que es bien aderezada de buenos e abundosos botenimientos e regada de generosos trasañejos, aguapié e haloque.

Por ende vos ruego, que parezeades e non fagades falta, e seades presto e diligente en acudir, que grande desagrado causaría a mi señor el no concurrir a tan memorable acacimiento.

Con respeto recuérdole, la buena e saludable conveniencia de prudente ayuno e moderación en las vísperas, que es de buen hacer el ir prevenido en ello. Así aconséjole a la celosa e precavida ordenanza de V. M. cuya vida Nuestro Señor conserve pródigos e alongados tiempos.

De este memorable lance, dóile recado de aviso e recordación, cuando son cercanas las fiestas del Señor Sant Lucas, del año de gracia de mil e novecientos e noventa e seis.

El Criado Portugués.

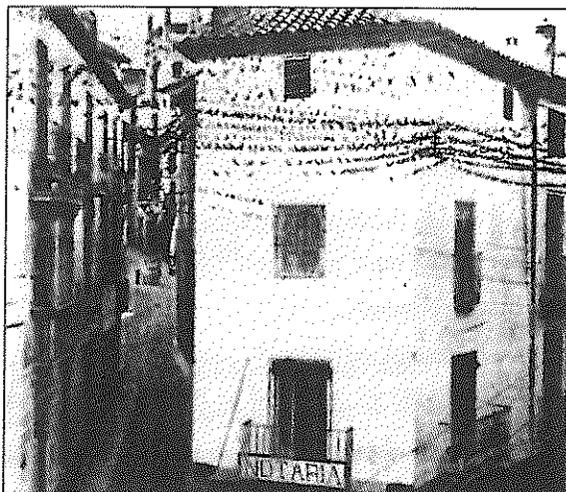
Siguiendo la tradición de elegir una casa de cierta alcurnia y solera jienense, para celebrar día tan señalado como el de Santa Catalina, patrona de Jaén con la Virgen de la Capilla, en esta ocasión estábamos citados en la casa señalada con el número uno de la calle que la ciudad de Jaén tiene dedicada nada más y nada menos que a la Madre de Dios, cedida generosamente para la ocasión por la familia Sánchez Peinado.

Aunque la cita era para pasado el toque de ánimas, yo estaba preparado para asistir a tan importante acontecimiento desde bastante antes, pues había sido prevenido por el inefable Prioste de la Confraternidad de que iba a recibir el recado de escribir y no quería perderme ni el más mínimo detalle de lo que allí sucediera. Así, poco antes de las ocho de la tarde salí de mi casa de la calle Miguel Romera, en el Arrabal de San Ildefonso, donde tengo mi morada, y tan insignes confrateres tienen la suya, y comencé a subir la cuesta con paso lento y concentrado, camino de la calle Madre de Dios, como el que acude a uno de los actos más trascendentales de su vida.

Estando en esta especie de trance di en pensar que estas cenas jocosas se realizan todos los años, además de para celebrar en amable y franca hermandad la fiesta de Santa Catalina, para exaltar y defender el Patrimonio Histórico Cultural de Jaén; es decir, el conjunto de bienes culturales, resultado de cada proceso histórico concreto, a los que los jienenses identificamos como nuestros: las costumbres, las tradiciones, las formas de comportamiento, los gestos, las edificaciones, los utensilios, la manera de utilizar el lenguaje, la música, la gastronomía, los espacios sociales creados, etc., que hemos recibido como legado histórico y que seguimos creando continuamente.

Y, si son importantes las cenas jocosas, por lo que tienen de fiestas en las que los Amigos de San Antón nos divertimos ceremoniosamente, con «honestos placeres», como lo hacía el condestable Iranzo según su cronista, lo son mucho más porque en ellas renovamos las fuerzas y cohesionamos el grupo para seguir llevando a cabo, sin estruendos ni alharacas, la obra cultural con la que estamos comprometidos, fundamentalmente la edición de *Senda de los Huertos* y la celebración de los Jueves del Arco de San Lorenzo, actividades con las que pretendemos, por un lado, dar a conocer el patrimonio histórico cultural de la provincia de Jaén, y, por otro, mover a la reflexión y al debate tanto a las instituciones como a los actores sociales, para que este se investigue, conozca, conserve, difunda y utilice.

En estos años finales del siglo XX, cuando las tendencias ho-



mogeneizadoras de la economía global intentan extenderse a una propuesta de normalización de una cultura también global, es particularmente importante que continuemos aportando nuestro granito de arena para que seamos los jiennenses los que decidamos qué bienes culturales formarán parte de nuestro Patrimonio y cuáles no; y para que, en todo caso, éste no sea engullido, expoliado o eliminado por grupos

o intereses más poderosos.

Absorto en estas reflexiones me encuentro, casi sin darme cuenta, en la puerta del antiguo Palacio del Condestable Iranzo, que después ser a Casino Primitivo, y que hoy ostenta el rimbombante nombre de Palacio Municipal de Cultura, en la calle Maestra, de donde parten las calles Compañ a y Madre de Dios, en cuya casa número uno estamos citados esta noche los Amigos de San Antón. Es ésta una encrucijada de calles plena de historia y sabor, un lugar de poder, como dir a Carlos Castañeda, o un lugar donde se concentran las fuerzas telúricas, como dir a nuestro confratre Juan Eslava. Un lugar del que parten muchos caminos, y desde el que es muy fácil imaginarse algunas escenas de la vida del Jaén de otros tiempos, como la famosa batalla de huevos que se organizaba todos los años, el día siguiente al domingo de Pascua Florida, según se cuenta en un pasaje de la *Crónica del Condestable*:

«... mandava traer a palacio un castillo de madera que para esto estava fecho, en las casas de doña Violante de torres, que son a la Madalena, el qual tenían a cargo del traer los ortelanos de la çibdad...

...y su merçed, con las señoras condesa e doña Guiomar e las otras señoras e damas, e con algunos de los dichos conbidados, subíase a la torre a mirar el dicho castillo, e subían muchos huevos cocidos para tirar a los que venían en él.

El qual prestamente venía desde la Madalena, aconpañado de los dichos ortelanos, los quales trayan sus paveses e capotes vestidos, e puestas las capillas para el combate; e algunos dellos e los espingarderos dentro en el dicho castillo, para lo defender, con los tronpetas e atabales tocando delante. E venían dando muchas gritas, e haciendo muy grande royo; e los espingarderos haciendo muchos tiros.

E venidos con el dicho castillo, pasávanlo la calle adelante, fasta en par de la torre. E llegados allí, començavase un combate muy grande de huevos cocidos contra los dichos ortelanos, y ellos contra todos los otros. Do se gastavan tres o cuatro mil huevos; e durava el combate una ora o dos...».

Andando con cuidado para no pisar los restos de los huevos utilizados en tan singular combate, con los oídos todavía atronados por los sonidos de las trompetas y atabales, las gritas y los disparos de las espingardas, emboco la empinada e irregular calle Madre de Dios, Refugio de la Madre de Dios, del Refugio o de los Niños, que todos esos nombres ha tenido a lo largo de su historia, y no puedo evitar echar un vistazo hacia arriba para ver al fondo, casi cerrándola, el muro amazacotado del Arco de San Lorenzo, el edificio emblemático de los Amigos de San Antón.

Y a su derecha la Funeraria «La Verdad», el establecimiento más característico de la calle, en el que se viene haciendo trajes de pino los jienenses desde el pasado siglo, siempre regentado por la familia López. Un poco más abajo, echo de menos una de las tabernas más legendarias y genuinas de Jaén, «El Criminal», que no ha podido sobrevivir a la piqueta.

En la otra acera, a la altura del número 5, una sencilla placa recuerda que allí nació el sacerdote D. Cándido Carpio Ruiz, benemérito párroco del Sagrario, todavía muy recordado en la Ciudad por su apostolado social.

Más abajo, un edificio insulso que hace rinconada, construido en el lugar en que estuvo situado el Hospital de la Madre de Dios, obra pía destinada a acoger niños expósitos, fundada por el único hijo varón de Miguel Lucas de Iranzo, muerto de mal de amores en los albores de la vida, y que fue llevada a feliz término, acrecentándola con nuevos caudales, por el secretario del Condestable Juan de Olid y su esposa Isabel Rendeler.

Y en el número uno, haciendo esquina con la calle Compañía, la casa en la que vamos a celebrar la Cena. Una casona típicamente jienense, mezcla de elementos castellanos y andaluces, en la que sus paredes blancas contrastan con el zócalo, la portada y la esquina de piedra. En la que un mirador acristalado, se eleva sobre una de las crujías del tejado que arranca de un sencillo alero. Y las rejas, los balcones y una cancela, que domina la encrucijada de calles, son de simple forja. El conjunto es sobrio, proporcionado y de señorial elegancia y contención.

La casa la construyó Rafael Ocaña y Pinto, entre 1828 y 1836, sobre el solar resultante de tres pequeñas casas que adquirió en 1828, mediante censo reservativo redimible de 27.666 reales de principal y 830 de réditos anuales, conforme al aprecio hecho por el maestro de obras Manuel Hermosilla, a la Sala Capitular de los señores Deán y Cabildo de la Santa Iglesia Catedral.

Rafael Ocaña estaba casado con María Patrocinio Pestaña y Ruiz con la que no tuvo descendencia; era comerciante y propietario de varias casas en Jaén y en los Baños de Jabalczuz, y también poseía huertas, viñas y olivares en los alrededores de la ciudad. En 1836 obtuvo la concesión de la cobranza de los caudales de todos los establecimientos, patronatos y obras pías de la Junta de Beneficencia de la Provincia, en garantía de la cual tuvo que constituir una hipoteca sobre la casa.

Tras la muerte de Rafael Ocaña en 1853, la casa estuvo a punto de desamortizarse, al ser incautado el censo por el Estado, en virtud de la Ley de Desamortización General del 1 de mayo de 1855, y declarada en situación de reducción o, en su defecto, de venta. Pero, en el último momento, acudió José María Pestaña, sobrino de doña María Patrocinio, al Gobernador Civil de la Provincia, para solicitar su reducción y, una vez instruido el oportuno expediente, el censo fue reducido por la suma de 16.600 reales de vellón.

La casa será heredada finalmente en 1868, después de algunos pleitos con otros herederos, por los sobrinos de la esposa de Rafael Ocaña, José María y María de la Cabeza Pestaña y Puerta, que la venderán en 1875 a D. Francisco García de Quesada y López-Llanos, por 77.500 reales. D. Francisco era propietario y brigadier de la Armada, y compró la casa como parte del pago de las aportaciones a su matrimonio con doña Manuela García de Quesada y España, a la sazón su prima hermana, fallecida el año anterior. Ese mismo año, para dotación de la casa, adquirirá, por 4.000 reales, una pluma de agua del raudal de la Magdalena, de los dos cañones que poseía en la calle Maestra Baja número 59 Carmen Pérez Párraga. Una vez que la casa dispuso de agua propia, instalará la preciosa fuente de cerámica de La Cartuja que todavía ocupa el centro del patio.

Parece ser que el brigadier García de Quesada había adquirido la casa para vivir su retiro cerca de su hermano, el marqués de Navasequilla, y sus sobrinos, pero no quiso el destino que la disfrutara mucho tiempo, puesto que murió en 1878, a los tres años de comprarla. Como tampoco dejó descendencia, quedaron instituidos herederos

universales sus cinco hermanos, que se repartirán la casa en quintas partes indivisas.

En 1884 la comprará Manuel Molina y Moreno, propietario, por 17.500 pesetas. La descripción de la casa anotada en el Registro de la Propiedad es la siguiente:

«Casa en la calle denominada Madre de Dios de esta Capital marcada con el número primero moderno y cuatro antiguo, que linda por su izquierda y espalda con otra número tres moderno de la misma calle propia de don Manuel Sánchez Padilla, y por su derecha hace esquina y forma línea con la calle Compañía. Mide su línea de fachada diez y seis metros cincuenta centímetros y su superficie representada por un paralelogramo rectángulo comprende doscientos cincuenta y cuatro metros cuadrados. Consta de piso bajo, principal, segundo y tercero, distribuidos del modo siguiente: el piso bajo se compone de portal de entrada, patio con tres corredores, tres cuartos, una sala lavadero y fuente con una pluma de agua principal y potable del raudal de la Magdalena, una bodega y dos sótanos, escalera reservada y otra principal que da acceso al piso inmediato; el piso principal lo constituyen tres corredores, escalera al piso segundo, cocina fregadero, sala con gabinete y otra con chimenea francesa, un cuarto y sala con escalera falsa que da salida a la calle, corredor y escalera reservada que sube al piso segundo; este se compone de tres corredores, uno con escalera al mirador, despensa, cuarto escusado, una alcoba, dos dormitorios y cinco cuartos más; y en el piso tercero consta de un mirador acristalado, un frutero y azotea de paso a un camarote perdido...».

Tras la muerte de Manuel Molina en 1895, la propiedad pasará en herencia a sus hijas Ana y Enriqueta Molina Garay. Pero ninguna de las dos habitará la casa, que será alquilada y utilizada como medio de allegar recursos a otros negocios familiares, hipotecando cada una su parte a favor de los financieros locales Manuel y Esteban Sáenz y Sáenz por 5.000 pesetas cada mitad.

Las hermanas Molina la venderán en 1914 a don Julian Caballero Alzate, por quince mil pesetas, «...de las que diez mil fueron pagadas al contado en buenos billetes del Banco de España...» Don Julian era soldado, ingresó en el Cuerpo de Intervención Militar en 1878, cuando contaba 19 años de edad, y llegó a alcanzar el grado de comisario de guerra de primera clase. Ostentó el cargo de Gobernador de la Cofradía de N. P. Jesús entre 1902 y 1905.

Fallecido don Julian en 1928, la casa se adjudicará primero a su viuda, María del Carmen Moreno Sánchez, y, tras la muerte de ésta en

1936, a sus cuatro hijos. Durante el período 1939-1946 se ubicará en ella el Registro de la Propiedad.

A los herederos de don Julian les comprará la casa, en 1944, por 132.850 pesetas, el famoso médico don Fermín Palma García, uno de los personajes más relevantes de la vida política y social de Jaén en este siglo, que vivirá en ella hasta el fin de sus días en 1970. Don Fermín Palma nació en Guadix en 1886 y comenzó su carrera como médico militar, llegando a alcanzar el grado de teniente coronel. Fundó la pri-



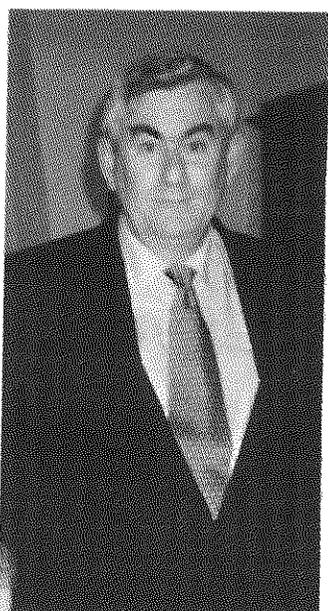
mera «Clínica de Especialidades» de la Ciudad, en la calle Roldán y Marín, y en 1925 la Clínica «La Inmaculada», que todavía continua presutando sus servicios en la Plaza del Deán Mazas. Trabajará también en el Hospital de San Juan de Dios del que llegará a ser decano. Como alcalde de Jaén, fue el principal promotor de la traída de aguas de Riofrío. Fue también presidente de la Diputación.

La viuda de don Fermín, doña Milagros Rodríguez Acosta, venderá la casa en 1972 al comerciante Antonio Garrido López por 480.000 pesetas. A éste se la comprará, a su vez, en 1976 el famoso industrial hostelero, muy reputado entre las clases populares, Brígido Anguita Martos, por 485.000 pesetas, que la utilizará por unos años como pensión, antes de donarla a sus hijos Manuel y Manuela Anguita Martos en 1983. Brígido había nacido en Los Villares en el año 1922, y vino a Jaén como encargado de la Posada «El León» en 1939. En 1945 abrirá un establecimiento de camas y comidas junto al Mercado en el que decía que había llegado a vender 3.000 bocadillos al día.

A los hijos de Brígido se la comprarán Antonio y Jesús Anguita Escalona, del comercio, de por mitad y proindiviso, en 1987. Y éstos serán los que finalmente la venderán a nuestros anfitriones José Sánchez Sánchez, perito agrícola, y Purificación Peinado León, profesora de instituto.



Tres golpes de aldaba en la gran puerta de clavazón y postigo son suficientes para que uno de los camareros me franquee el paso y



pueda penetrar en un espacioso zaguán, a través del cual se accede a un patio central de planta cuadrada, de los que adornan las viejas casas del Jaén antiguo, y que tienen la doble misión de introducir en la intimidad de la morada y de ventilar, dando luz, a los cuerpos interiores del edificio. El patio, enclaustrado, con sus galerías de vigas vistas que forman bovedillas. Las zapatas, sencillas, sostenidas por cuatro columnas de piedra de una pieza. El piso superior formado por cuatro grandes ventanales dispuestos a modo de solanas. En un ángulo vemos el arranque de la escalera noble, de anchos peldaños, de extensos rellanos y barandal de forja. Los otros vanos son puertas o ventanas distribui-

das en las salas bajas que se habitan en el estío. Y en medio, rodeada de macetas de cintas, helechos y philodendros, una fuente ochavada de azulejos de La Cartuja de Sevilla, de cuyo centro surge un gracioso amorcillo de cerámica soplando una caracola de la que mana un pequeño chorro de agua, que junto con los que salen de unas simpáticas ranas situadas en los lados del pilón, forman un rumor continuo de agua que evocan horas de paz, intimidad y frescor durante la canícula.



Traspaso una puerta que se abre



en uno de los ángulos del patio y entro en una espaciosa sala baja, que ocupa casi todo el cuerpo de la casa que da a la calle Compañía. La sala está adornada con algunos cuadros y pocos muebles, puesto que en ella están dispuestas varias mesas con entremeses y la copa de espera, preparadas con esmero por el maestra sala de las cenas jocosas Antonio Molina Fernández. Al fondo, sentados en un sofá, se encuentran los anfitriones José Sánchez Sánchez, Purificación Peinado León y la madre de ésta, doña Purificación León Uclés, a los que soy presentado por nuestro prioste, Pedro Casañas.

Poco a poco van llegando el resto de los invitados en pequeños grupos o individualmente, y después de expresar sus respetos a los anfitriones, y saludarse con apretones de manos y abrazos, dedican unos minutos a echar un ávido vistazo a la *Crónica de la Cena Jocosa de 1995*, cuya redacción ha estado a cargo de Juan Eslava Galán.

Enseguida, se forman los consabidos corrillos, en los que cada uno habla de sus temas: José María Pardo, de arquitectura y urbanismo; Juan Higuera, de latín; Vicente Oya, de cofradías, de toros y de la Universidad; Luis Armenteros y Antonio Casañas, de la recogida de la aceituna que se avecina; Juan Eslava, de la extraordinaria potencia sexual de uno de los personajes del libro de un autor norteamericano llamado Nicolas Wilcox, *La lápida templaria*, que está ambientado en Jaén; Fernando Lorite, comenta el episodio de «Moby Dick» recogido en su libro *Jaén en el recuerdo*; Luis Coronas y Ángel Aponte, de historia; Felipe Molina y Alfonso Parras, de poesía y pintura; Manuel López Pérez y María Isabel Sancho, del traslado de la Escuela de Magisterio a las Lagunillas; Antonio Martínez Lombardo, Antonio Martos, Francisco Olivares y José Casañas de «cosas de Jaén»; Juan Castellanos, un poco achacoso, bebe cerveza sin alcohol y come garbanzos «tostaos», aunque no pierde su expresiva sonrisa; Ángel Viedma, el médico de las barbas, de lo riquísima que está la morcilla con piñones de Siles y el chorizo de Cazorla.

De pronto, comienza a sonar la campanilla del Prioste pidiendo silencio. La verdad es que tuvo que hacerla sonar bastantes veces, porque Miguel Calvo, con su sordera, seguía contando a algunos

la historia de un personaje de su pueblo que era cliente asiduo de casa de «la Queti» –la casa de lenocinio más importante y reputada de Martos–, tan asiduo, que prácticamente vivía en ella; y, como a la vez era muy cumplidor con el precepto de santificar las fiestas, cuando tocaban a misa, se afeitaba, se vestía con sus mejores



galas y ¡hala! a Santa María a oír misa; una vez terminada ésta, otra vez a casa de «la Queti» y allí Dios y aquí gloria. Por fin, alguien cercano consiguió que Miguel Calvo se enterase de lo que pasaba y, una vez conseguido el silencio, tomó la palabra el Prioste que dijo:

Palabras de agradecimiento del Prioste a los anfitriones

Una vez más, amigos, nos reunimos en la anual convocatoria que tan puntualmente nos hace don Lope de Sosa, a través de su diligente muñidor, el entrañable Criado Portugués.

Os decía en la despedida de la Cena de 1995, que la Cena de 1996 estaba a la vuelta de la esquina. Y ya veis con que prontitud nos vemos inmersos de lleno en la diecinueve edición de estas queridas cenas jocosas de Santa Catalina, en verdad y por todos deseados encuentros, que vivifican y reafirman el sentido y el espíritu de fraternal amistad, que es base en esta Asociación de Amigos de San Antón.

Continuando con la ya inveterada costumbre de celebrar estos eventos, en lugares siempre diferentes y lo más privados posible, a fin de que cada uno de ellos pueda considerarse como acto de irrepetible realización, cambiamos este año de escenario, situándonos en un punto de gran raigambre en nuestra ciudad.

Así pues, tiene lugar la Cena de 1996, en la casa marcada con el número uno de la calle Madre de Dios, de la ciudad de Jaén, en sus estancias nobles, mansión recientemente remozada gracias al afán y espíritu conservador del patrimonio urbano de la ciudad que han mos-



trado don José Sánchez y Sánchez y su esposa doña Purificación Peinado León, a quienes esta noche la Asociación quiere rendirles el doble tributo de la admiración y el reconocimiento. Admiración y aplauso, por la meritoria labor llevada a cabo en la conservación de este hermoso edificio, y reconocimiento sincero, tanto por la afable receptibilidad a la petición que en su momento se les hizo, como por el generoso y sincero ofrecimiento que de su casa nos hacen, a más de por su contento de que aquí se celebre este acontecer.

Son acciones y gestos que, con toda claridad, nos hablan de las calidades y cualidades que adornan a quienes hoy tanto nos honran siendo tan honorables anfitriones. En mi doble condición de Presidente de la Asociación y familiar de ellos, quiero hacer patente la complacencia que produce la presencia entre nosotros de su madre, D^a Purificación León Uclés, querida tía Pura, como asimismo, la reiteración del más sincero reconocimiento por el cobijo y hospitalidad que en esta noche nos hacéis. Y para que constancia quede de nuestro paso por esta tan bien rehabilitada y cuidada mansión, recibid, Pepe y Mari Pura, esta placa conmemorativa, para que, si a bien lo estimáis, quede colocada en el lugar de la casa que mejor os pareciere.

Acoged con ella toda nuestra gratitud.

El Prioste

Entre calurosos aplausos Juan Castellanos hace entrega de la placa de cerámica de Fajalauza a la anfitriona.



Y Vicente Oya le entrega un precioso ramo de flores.

Seguidamente Purificación Peinado improvisó unas cariñosas palabras de respuesta con las que agradeció a los Amigos de San Antón que hubiésemos elegido su casa para celebrar la Cena Jocosa de este año, acto en el que ella veía una conciliación entre la tradición y lo lúdico, la superación de la idea tan extendida de que el respeto y la conservación de las tradiciones tiene que ser algo aburrido.

Cuando más fuertes eran los aplausos, con los que queríamos demostrar nuestro agradecimiento por sus amistosas palabras y hospitalidad, entró en la sala Pedro Jiménez Caballé, que se quedó un poco desconcertado, porque no sabía si los aplausos estaban dedicados a él y pidió excusas por el retraso que, al parecer, tenía que ver con algún asunto relacionado con el Orfeón. Por cierto, que me da la impresión de que Pedro cada vez tiene más cara de músico antiguo, y no sé si será porque su oficio de catedrático de música y músico le está afectando a la cara, o porque últimamente lleva el pelo un poco más largo.

En estos momentos de cierta euforia, no pude evitar mostrar a



nuestra anfitriona cierta sana envidia por lo preciosa y acogedora que ha quedado la casa después de la restauración. ¡A mí también me gustaría vivir en una casa así! Ella, amable y generosa, me dijo que era cuestión de proponérselo, que no era mucho más caro que un piso, que había una casa en la calle

Ancha... Le prometí que lo intentaría, si es que para cuando mi economía me lo permita queda alguna casa antigua en Jaén por restaurar.

¡Ay si hace 25 o 30 años, cuando todavía la piqueta no había comenzado su labor sistemática de derribo de nuestro patrimonio y quedaban un buen número de palacios, casonas, conventos..., hubiera existido la sensibilidad que han demostrado José y Purificación! ¡Ay si en ese tiempo hubiésemos sido capaces de reconstruir las viviendas existentes, adaptándolas a las formas de vida modernas, haciéndolas cómodas y habitables sin destruir su fisonomía esencial...! ¡Ay si los barrios nuevos, construidos extramuros, se hubieran hecho pensando en las personas, a su medida, y no en función de los intereses de los especuladores ...! Sin duda, la vida sería mucho más grata y Jaén sería una ciudad encantadora.



El ambiente de franca camaradería y la conversación estaban cada vez más animados, hasta que volvió a sonar la campanilla y el prioste cedió la palabra a Manuel López Pérez, cuyas intervenciones en estas cenas son siempre muy esperadas por la soltura especial con que trata los temas de la historia de Jaén, que normalmente no aparecen en los libros. Este año dijo:

Un lance de honor

Me han pedido que como en años anteriores, mi intervención verse sobre alguno de los episodios de historia menor, mezcla de tragedia y comedia, que configuran la olvidada realidad de un Jaén que ya se va quedando lejos, muy lejos.

Vamos pues a sacar a relucir un lance de honor. Un renombrado lance de honor que en Jaén hizo ruido hasta que la niebla del tiempo y la distancia lo cubrió con sus olvidos.

Para nadie es un secreto que el honor, ese concepto inmaterial y personalísimo que hoy se considera un atributo devaluado y obsoleto, fue durante siglos el punto de partida de ejemplares heroísmos o de viles atropellías; de instantes fugaces de gloria y de días interminables de miseria. Aquella máxima grandilocuente de Calderón «el honor es patrimonio del alma», o el castrense consejo del Duque de Ahumada «el honor ha de ser la principal divisa», ponen en evidencia que en la Espa-

ña de siempre, el honor, la honra, era algo intocable y sagrado para cualquier hombre que de tal se preciara.

Por eso jugar con el honor era algo peligroso, muy peligroso, que conducía inevitablemente a un punto temido y deseado a la vez: a un lance de honor.

En Jaén, como en todas partes, esos lances de honor ofrecían dos modalidades según la posición social de sus protagonistas: Para la gente bien, el lance de honor era un episodio versallesco, ceremonioso, perfectamente reglamentado y ambientado con una complicada parafernalia: tarjetas, padrinos, trajes de etiqueta, deportivos floretes, sables marciales o bruñidas pistolas de marca... Para los otros, para el pueblo llano el tema era más simple y más inmediato. Sólo hacía falta sacar a relucir la hombría y de paso una oportuna «navaja del santolio», eficaz adminículo inseparable de los hombres del pueblo. Preciada herramienta de carácter polivalente, que lo mismo servía para cortar ceremoniosamente la menguada ración de queso o tocino del almuerzo, que para desvaretar un olivo, mondarse las uñas, o si venía a pelo acariciar las carnes de quien daba la tabarra. En este caso, su efectividad era tal, que el individuo en cuestión quedaba dispuesto para que le administrasen los santos óleos de la extremaunción. De ahí la acertada denominación de origen con que se designaban estas armas blancas: «navajas del sontolio».



El lance de honor que a nosotros nos interesa ocurrió en el Jaén de 1895. El domingo 27 de agosto, para ser más precisos.

Fue aquel un año en que los lances de honor se pusieron de moda entre nuestros paisanos.

Ciertamente en estos lances era mayor el ruido que las nueces. Pero para nuestros abuelos el posible riesgo se compensaba crecidamente con los beneficios obtenidos.

Los rumores de los preparativos..., el ceremonial del día..., las falsas condenas y las almibaradas frases que la prensa local dedicaba a los hechos bajo el titular de «Lance de Honor», conferían a los protagonistas un cierto tono, un luminoso brillo social y la vitola impagable de ser todo unos caballeros. Unos hombres de honor.

Aquel año, dos renombrados «pollos pera» de la sociedad giennense don Eduardo Osuna y don Manuel de Guindos habían mantenido un ruidoso lance de honor que dio mucho que hablar. Ambos, desde las páginas de los periódicos que dirigían, «El Liberal de Jaén» y «El Industrial», se venían buscando las cosquillas un día si y otro también, hasta que tanta verborrea erosionó el honor. Y el choque se hizo inevitable.

En el consiguiente lance de honor, Eduardo Osuna salvó su honra hiriendo a Manuel de Guindos. Tal satisfacción le costó un proceso por lesiones del que salió condenado a cuatro meses y un día de arresto mayor en la vieja cárcel de La Coronada y al abono de 48 pts. de costas e indemnización. Además le valdría el cese en la dirección del periódico... Pero ésa es otra historia.

El caso es que la sociedad giennense, la alta y baja, revalorizó en sus ánimos la eficacia de los lances de honor, como remedio infalible para lavar las manchas de la honra.

Pero vayamos al que nos interesa.

El 27 de agosto de 1895 cayó en domingo. Último domingo de agosto y por tanto «Día de la Pastora».

Fiesta grande en el barrio labrador de San Ildefonso, en cuya iglesia parroquial una devota hermandad de larga historia que arrancaba del siglo XVI, rendía culto a una bellísima imagen de escuela granadina que representaba la capuchina iconografía de María Santísima Pastora de las Almas.

La fiesta carecía de refinamientos. Tenía todas las connotaciones de las fiestas populares entonces tan prodigadas en Jaén: ruido ensordecedor de cohetes, repiqueteo incansable del tambor, proclama y revoloteo de inmensas banderas, misa mayor, sermón, devota procesión con la imagen titular... Y unos inevitables ribetes lúdicos porque los ganaderos, hortelanos, pastores, gañanes y demás gentes del gremio confluían desde toda la ciudad para con el pretexto de la devoción, tener la oportunidad de echar una cana al aire y disfrutar de un día de holganza y jolgorio.

Como la fiesta empezaba muy de mañana con una concurrida «misa de alba» y como los hermanos mayores querían siempre dar prue-

bas de su rumbo y tronío invitado a los cofrades y acompañantes, el aguardiente carrasqueño y el vino peleón corrían a raudales, tonificando los cuerpos y los espíritus. Tal práctica ofrecía el inconveniente de que algunos que no sabían beber como Dios manda, se achispaban de buena mañana y se pasaban el día inaguantables.

Por eso, año tras año, cuando la Junta de Gobierno de la hermandad se reunía para preparar las fiestas, se advertía reiteradamente a los cofrades la obligación de asistir serenos a los actos y la prohibición de portar en los mismos, bastones, ganchas y cayados –y mucho menos navajas– so pena de ser dados de baja en la cofradía. Y además solía montar un discreto servicio de orden compuesto por media docena de hombres de respeto dispuestos a usar, si preciso fuere, sus más contundentes argumentos, para que la fiesta transcurriese en paz.

Claro que por lo general cada año había que lamentar algún incidente. Los abusos en el beber y el sofocante calorín que atosiga Jaén en el mes de agosto hacían hervir la sesera del personal, avinagrando la fiesta.

Pero se admitía con naturalidad. Las estadísticas judiciales reiteraban año tras año, que el germen de los delitos juzgados en Jaén había que buscarlos en la incultura, la embriaguez, la holgazanería, la afición a las armas prohibidas y los grandes calores del estío... Y los forasteros que nos visitaban no se cortaban un pelo para difundir aquel reclamo turístico al que alude Teófilo Gautier: *Jaén, ciudad fea, mala gente, donde no se sale sin navaja en la faja y la carabina al hombro*. Así pues, aunque el siglo estuviera ya finalizando, no era cosa de escandalizarse y andarse con moralinas porque algunos cofrades de la Pastora hicieran bulla y alboroto.

Aquel 27 de agosto de 1895 la procesión de la Pastora recorrió las calles a las oraciones con su cortejo de elemental simplicidad. Cuando se encerró, los cofrades, luego de los últimos vítores y revoloteos de banderas, tomaron muy distintos caminos. Unos acompañaron al hermano mayor a su domicilio, atraídos por el refrigerante vaso de ponche de melocotón o el puñado de garbanzos tostados, con que se solía obsequiar tal fineza. Otros se marcharon a sus casas pues se sentían incapaces de seguir soportando el suplicio de los botines, el traje de los días grandes y aún la gala de la capa, tan impropia de esas fechas. Y alguno que otro se empeñó en rematar el día tomando unos vinos en alguna de las tabernillas de los aledaños.

A esta última opción se acogieron tres guardas del campo que respondía a los sonoros apelativos de El Melones, Panzarrana y Trespelotas.

Para no andar mucho se acogieron a una taberna sita en la calle de la Puentezuela, hoy de Ignacio Figueroa. Allí, entre vaso y vaso, hablaron del tiempo y del campo, de lo humano y lo divino. Algunas cuartillas de vino habían trasegado, cuando por una nimiedad de tres al cuarto, al unísono sintiéronse ofendidos en su honra. ¡La honra! ¡Ahí es nada! Y como aquello no podía quedar así, decidieron solventar la cuestión sin mayores formalidades.

Cada uno –previsores ellos– llevaban su familiar navaja albaceteña ¿a qué más trámites pues?

Pasaron al reservado. Cerraron la puerta con la llave descomunal que les facilitó el tabernero y luego, muy jayanes ellos, la arrojaron a la calle por el enrejado ventanuco. Dieron un manotazo al candil... Y a tientas, guiados sólo por el jadeo de la respiración, trataron de lavar en sangre ¡faltaría más! su mancillado honor.

Lo que allí pasó nunca se averiguó. Alguien que sabía de tan curioso lance de honor avisó al sereno. El sereno «dio parte». Se soliviantó al alcalde don Julio Ángel Muñoz y tan pronto como se pudo, se personó en la taberna el señor juez acompañado de una pareja de la guardia civil, que con sus hábiles y expeditivos recursos, descerrajó la puerta del reservado.

Aquello era un cuadro. Tendidos en un charco de sangre yacían los tres sujetos tan puntillosos de su honra. Uno, de nombre Agapito, estaba perforado por diez y ocho puñaladas. Otro, un tal «Covalea», tenía la faca atravesándole de parte a parte el cuello y una tremenda sangría en el costado derecho.

En las parihuelas municipales se les transportó al Hospital de San Juan de Dios. Allí se les recosieron las carnes como buenamente se pudo. El remiendo que le hicieron debió de ser efectivo. Dos escaparon de las garras de la muerte. El tercero, el «Covalea» –José Covaleda Ruiz– no tuvo suerte y días después, el 9 de septiembre a las diez de la noche se marchaba al otro barrio. ¡Dios le haya perdonado!

Dentro de lo posible, su mujer le organizó un entierro decoroso en la parroquia de la Magdalena.

«...Como cura encargado de la iglesia parroquial de la Magdalena de esta ciudad –escribiría con frialdad notarial el oficiante– mandé dar sepultura eclesiástica con entierro llano al cadáver de José Covaleda Ruiz, casado con Francisca Quesada, natural de Jaén, provincia de ídem, de 54 años. Falleció ayer a las diez de la noche en el Hospital Provincial de

San Juan de Dios a consecuencia de grande herida en la región derecha. Fueron testigos José Rincón y Juan Carrasco, dependientes de esta parroquia. Y para que conste lo firmo en Jaén a 10 de septiembre de 1895...».

Y el capellán del Cementerio, luego de rezarle los postreros miseres, también dejaría constancia en sus manoseados libros de registro:

«...En el núm. 95 de la 5ª sección, fachada primera, sepultose José Covaleda Ruiz, de 56 años, casado con Francisca Quesada. Murió en el Hospital. Su casa, Llana de San Juan, 17...».

Tan bárbaro lance de honor impactó fuertemente en la sociedad local. Las autoridades dictaron severos bandos condenando los duelos y los duelistas y restringiendo seriamente el uso y abuso de las navajas de Albacete. Los curas, desde el púlpito, fulminaron terribles anatemas contra quienes exponían así el don sagrado de la vida. Y el obispo, que tenía sus ribetes de sociólogo, disertó un poco sobre la necesidad de promover la cultura en el pueblo y de erradicar, al precio que fuera, el vicio ordinario de la embriaguez.

Pero como la memoria es débil, el lance pronto se olvidó. Aunque dejó su huella en dos costumbristas giennenses, don José de la Vega y don Antonio Almendros, que no resistieron la tentación de anotar en sus memorias.

Luego el revuelo de la hazaña del Covalea y sus compinches lo cubrió el polvo del olvido. Hasta que yo, mi malsana curiosidad por el siglo XIX, lo he documentado entre los papeles de los archivos. Para enseñanza de ustedes y para recuerdo de un Jaén, de charanga y pandereta, donde no se salía sin la navaja en la faja y el trabuco en bandolera.

Manuel López Pérez

La intervención de Manolo despertó sonoros aplausos de los asistentes y algunos comentarios sobre las «navajas del santolio» y sus virtuosos:

—¡Qué brutos, «diez y ocho puñaladas»!

—«La faca atravesándole el cuello de parte a parte», con lo que duele eso.



Yo, particularmente, no entendí muy bien qué quiso decir con lo de «para enseñanza de ustedes», no sé si lo dijo para que tomásemos ejemplo de cómo debía solventarse una cuestión de honor, o para que no se nos ocurriese solucionar ese tipo de asuntos como «El Melones», «El Panzarrana» y «El Trespelotas».



Son ya cerca de las once de la noche y el Prioste nos pide que nos coloquemos en torno a la fuente del patio para realizar la foto del grupo. El ambiente es cada vez más distendido y hay cierto cachondeo. Es evidente que la gente está a gusto, el marco desde luego contribuye a ello.

Subimos a un espacioso salón situado en la primera planta y que forma ángulo recto, en él caben holgadamente las cinco mesas en las que en grupos de cinco comensales vamos a cenar. Se produce cierta confusión mientras cada uno busca la tarjetilla con su nombre que indica el sitio donde nos ha colocado esta vez el Prioste.

—¿Dónde voy yo?

—¿Con quién me ha tocado a mí este año?

—Ven aquí que tú te sientas con nosotros...

Enseguida, todo el mundo se puso a ver la minuta de la cena, que mereció la general aprobación:

Comentarios de minutos para huéspedes comensales.

Si esta minuta han leído,
hagan consideración
de cuánto nos ha valido
esta noche San Antón.

Ha sido un valimiento,
antes de collada-campes,
quien nos dio tan buen asiento
de compañía, trazo y mesa.

Fuera de aquellas paredes
que nos depatan posada,
no habría vuestras mercedes
meja mejor abasada.

Miren vuestras señorías
estos autómata guisos
no los están muchos días
nuestros puzos es señoría.

En esta de cada cual,
por caso y al arbitraje,
no hay que más usual
que el penencial pouje.

Y aunque es diestra esta diestra,
nos conviene, al gusti vos,
cambiar la siesta, guañal
(No quis, en ser so).

Díelo con semejanza,
es respeto de oídos serenos:
cambienos auzora pizansa
igual que cambian gobiernos.

Es decir, por elevación,
para que mejor parezcan,
ora queso, ora jamón,
sigún que nos apereza.

Según plato y condimento
y la tal que nos provoque,
de la "anón" de lo que un tiempo
ya a la rubia, ya al albuque.

En sí con la mostra
que conviene a vos y a nos,
para la calle es fina y dura,
aunque es de Madre de Dios.

FINCOSA

Cena de Santa Catalina 1996



Amigos de San Antón Jaén

En el punto de confluencia de calles frente al Palacio del Cauderuble Don Miguel Lucas de Iriondo, junto a la vena del que fuera Hospital de la Madre de Dios y equinadado a la encumbreada y fina calle de La Compañía, encontramos un hermoso edificio de noble y señorial aspecto.

Es espaciosa casa, bien rehabilitada y mejor cuidada, gracias al buen gusto y reconocido cariño que por la conservación del casco antiguo de Jaén, han hecho gala sus actuales moradores, Don José Sánchez y Sánchez y Doña Purificación Prieto Lobo, en planible y elogioso gesto digno de general imitación, por y para la defensa de nuestro patrimonio arquitectónico.

En las estancias principales de esta señera mansión, matada con el número uno de la calle Madre de Dios, celebran los Amigos de San Antón la *Cena Inversora* Cena de Santa Catalina, pasado que sea el toque de últimos del día veintidós de noviembre de este año de gracia de mil novecientos noventa y seis.

CONVITE DE ENTRADA

Patatas fritas de Casa Peco
Almorcías saladas
Carbaneros torrados
Aceitunas de Corneado

Queso Manchego añejo
Jamón curado de Frailes.

Morcilla con piñones, de Siles
Chorizo de Casalta.
Lomo curado.

Croquetas caseras.

Cerveza "El Alcazar"
Marrañilla "La Guña"
Agua "Sierras de Jaén"
Refrescos.

CENA

Caldillo de Puelleros con ajo
Españolas rehogadas con Pasas y Piñones.
Cordero en salsa, guarecido.

Frijoles

Fruitas del tiempo

Vinos:

Blanco y Tinto de la tierra.

SOBREMESA

Sultanas de Caco
Roscos de Anís
Yemas de las Descazcas
Empañadilla Hospitalrada.

Anís "Castillo de Jaén" y
Crema de Café de las Descazcas de D. Angel Tirado.



Las que no merecieron tanta aprobación fueron las roscas de pan de Valdepeñas, es más, hay que decir que recibieron algunas críticas, y no por la calidad del pan, que era extraordinaria, sino porque eran tan grandes que, una vez desalojadas de los platos sobre los que estaban puestas, no ca-

bían en las mesas, convirtiéndose en un problema general, que provocó cierto revuelo, hasta que a alguien se le ocurrió amontonarlas unas encima de otras a modo de torrecillas de pan.



Solucionado el problema de las roscas, en cada mesa van surgiendo conversaciones de lo más variadas, algunas tan insólitas como ésta en la que un Amigo de San Antón, inspirado por el escudo de armas que colgaba de una pared del salón, le decía a otro:

–Pues yo, voy a poner en mi casa un escudo con catavinos en campo de gules.

–Me parece muy bien –le respondió el otro–, tienes todo el derecho a utilizar los catavinos en tu escudo heráldico, puesto que veraneas en Sanlúcar de Barrameda.

Mientras, los camareros van trayendo el reconfortante caldo de puchero con avío, que dicen resucita a los muertos.

En esto que se oye nuevamente la campanilla y el padre Casañas bendice la mesa con esta oración:



ORACIÓN

Para bendecir la mesa de la Cena Jocosa

Señor San Antón Abad:
los aquí cenantes, tus amigos
alrededor de esta mesa reunidos,
rogamos de tu amistad
que nos mantengamos siempre unidos.

Que, como a nuevo rebaño
nos quieras apacentar
este año y otros años...

Y, como broche final,
pedimos en común consenso,
bendigas este humilde pienso
que vamos a trasegar
regado con vino espeso.

Amén.

Mientras dábamos cuenta del sabroso caldo, Juan Eslava, que dicho sea de paso es un gran conversador, nos comentó que lo había llamado a su casa una de las «Niñas Pum», dos señoritas de muy buen ver, que se hicieron famosas por ser las primeras en llevar minifalda en Jaén, cosa que, como es fácil de imaginar, no pasó desapercibida, ni entre la población masculina, algunos de cuyos miembros se dedicaban a seguirlas como moscardones a donde fuesen, ni entre la femenina, que las rechazaba y criticaba con lengua viperina. Pues bien, como quiera que Juan recogió este episodio de la intrahistoria jienense en su libro *El mercedes del Obispo*, una de las «Niñas Pum» lo llamó después de leerlo, en vez de para quejarse por haber recogido este asunto en el que no quedaba muy bien parada, como hubiera sido normal, para protestar porque no había dicho que ella tenía «las mejores piernas de Jaén».



Suena la campanilla y esta vez, para sorpresa de todos, es Antonio Martínez Lombardo el que presenta al Prioste, que ahora no ejercía de Prioste sino Pedro Casañas, en un magnífico y arriesgado ejercicio de desdoble de personalidad. Pedro se disponía a leernos uno de esos trabajos, basados en lo observado y en lo vivido, que están llenos de jaenerismo auténtico.

Hortelanos de Jaén

Cuando las dos tormentas del pasado quince de agosto, asolaron toda la vega del río de Jaén, recordé que hacía varios años había escrito unas cuartillas de tono nostálgico y de protesta, haciendo unas consideraciones sobre la que había sido su gran huerta de Jaén, y que por la abusiva y descontrolada ubicación de chalés en todo su entorno, quedaba esta huerta prácticamente reducida a la nada.

Al releerlas, pensé que podrían servir para darlas a conocer en esta noche, pero debido a su extensión me pareció excesivo hacerlo. Sin embargo, decidí traer la última parte, que está dedicada exclusivamente a ese gran protagonista de la huerta: el hortelano de Jaén. Así pues, con vuestra venia y benevolencia, ahí va.



Como final de estas consideraciones sobre nuestra jaenera huerta, es indispensable que hablemos de su principal e indiscutible protagonista: El Hortelano. Hortelano, que no huertano, ya que con esta expresión nos iríamos a Murcia o Valencia. Hortelanos de ribera o de río, hortelanos de nuestros ríos de Jaén.

No digo que la profesión hortelana esté llamada en nuestra ciudad a desaparecer, pero sí es cierto, que debido a la gran invasión chaletera en nuestra huerta, se ha mermado en elevadísimo porcentaje esta dedicación. Por eso quiero referirme en breve bosquejo y con carácter nostálgico, a los hortelanos de río que fueron, que yo recuerdo, que he conocido y tratado hace ya bastantes años.

Hortelanos de la calle de las Bernardas o de las Carretas, del Pilarejo del Borrego o de la Alcantarilla. Hortelanos de las calles Recogidas o Fajardo, de la Puerta de Granada o de la de Martos. Hortelanos del Recinto o del Arrabalejo.

Madrugadores hortelanos aparejando las bestias a las puertas de sus casas para marchar a la huerta, mientras los animales tomaban un pienso antes de partir. O más madrugadores aún los que en primavera sacaban la olorosa cuadra, o aquellos que subían a la vera del Pósito para dejar, con ánimo de su venta, las repletas cestas, que se llenaron la anterior tarde con los frutos de la huerta. Cestas cubiertas de hierbas frescas y fragantes que se crían junto a la acequia o el caz.

¿No los recordáis a primeras horas de la mañana, saliendo de la ciudad hacia la huerta, subiendo por el atajo de las Revueltas camino de Valdecañas o del Puente de la Sierra. Por la Vereda Real de San Roque buscando el Puente Tablas, o por los aledaños del Portillo de San Jerónimo rumbo a la Vega de la Reina, allá junto al Puente Nuevo. Encaminándose al Puente de Jontoya por el camino de Lope Pérez, o también, como no, por la puerta de Granada buscando Valparaíso Alto o el Camino Viejo de los Baños?

Quiero recordarlos en su cadencioso andar por el empolvado arcén de aquellas duras carreteras, llevando las bestias de reata, con el roncal de la primera, distraídamente caído sobre los hombros. Las caballerías andando a su compás, mientras él runrunea una cancioncilla de moda, a la vez que templadamente va liando un grueso cigarro que ha echado de una ya roñosa petaca, repleta de aquellos cuarterones de dos cincuenta, y liado en los populares Bambú o Indio Rosa.

Atuendo sencillo el del hortelano. Chaquetilla de dril en verano y sufrida pelliza en invierno. Camisa rayada abotonada hasta arriba, pantalón de pana con remiendos de varias tonalidades, alpargatas en verano y albarcas o botas con suela de rueda de coche durante el invierno.

Camino de la huerta, las bestias van cargadas de cestas vacías, de narrias, de jerga o del arado. En uno de los serones va la botija forrada de esparto y repleta de agua de Los Villares. También va la capacha con las viandas frías que la hortelana le ha preparado para el almuerzo. El puchero caliente se consumirá a la noche. Sobre el aparejo de una de las caballerías, va un pequeño perro en pie, que se mece rítmicamente con el monótono andar del animal. Es el perro del hortelano. Cogida a la cincha de la última caballería, lleva de reata una cabra churretera, de patoso andar por el entorpecimiento que le produce sus abultadas ubres.

Ya en la huerta, los animales quedaban bajo el cobertizo de la parte posterior de la casilla. Las viandas, a buen recaudo. La cabra, con su rumoroso ramoneo. El perro del hortelano, en sus dispar quehacer de acá para allá, y el hortelano, a su faena, a su tierra, a esa «tierra negra que buen pan lleva», como apunta el refrán.

Entiendo, que el hortelano ha sido como una raza sobria, raza hecha por las inclemencias del tiempo y la crudeza del campo. El hortelano, aquel de azadón y almocafre –hoy hay nuevas técnicas–, era pausado en sus movimientos y su conversación siempre mesurada, grave y sentenciosa. Cuando hablaba, lo hacía como si disertara, di-



ciendo jugosos proverbios o acertados refranes y sentencias que, realmente, eran las que constituían en gran manera su sabiduría. Eran como, por decirlo de alguna manera, su único bagaje literario. El hortelano siempre ha mirado al cielo pensando y esperando la providencia divina. Yo así los he visto.

Tuve la suerte de visitar muchas huertas y como se suele decir, echar más de un buen rato en ellas. Las tranquilas conversaciones con el hortelano en el llamado «llanete de la huerta», esa pieza empedrada junto a la casilla y entoldada de frondosas parras, lugar que podríamos catalogarlo como la cátedra del hor-

telano. Las sabrosas charlas eran auténticas lecciones de sabiduría popular.

Hablamos mientras tomamos unos tragos de vino, de la botella que tiene por pitorro un canuto de caña fresca, recién cortada, de corte sesgado en un extremo para que mejor chorreé. Estamos sentados bien sobre el poyo o sobre unas sillas bajas, sillas que tuvieron asiento de enea, y que a falta de ésta, a base de unos ramalillos de tomiza y mucha paciencia, el hortelano «les echó un culo» en los ratos de ocio de los días de lluvia. Ante nosotros, un pequeña mesa hortelana, baja y bien trabada, cubierta con un viejo y agrietado hule, con desdibujado mapa de España, que la hortelana compró, sabe Dios cuando, en Casa de los Niños.

¡Qué deliciosos atardeceres, cuando el sol declina en las sofocantes tardes de verano, cuando las plantas comienzan a desamagarse del fuerte calor que han sufrido, cuando ya abren puntuales los dompedros, rojos y amarillos, que cada año brotan espontáneos junto a los poyos y paredes de la casa, perfumando el ambiente con fragancia pura, en pugna con la que desprenden unos latones de albahaca que hay sujetos a la pequeña ventana, y con el airecillo que empieza a moverse, ya algo fresco y húmedo, que nos llega del maíz recién regado!

Y en esa paz en esa bucólica tranquilidad, junto a la familia hortelana, hemos degustado una fresca y deliciosa pipirrana, hemos

comido el pollo tomatero, ese pollo frito con tomates bien maduros, que la hortelana ha preparado picoteándolo con la rasera en la sartén, y hemos paladeado el rico gazpacho majado en una vieja hortera, ya gastada por mil usos, y que cuidadosamente se ha refrescado junto al caz.

El hablar del hortelano es pausado, sin prisa. Va en consonancia con su comer despacioso. Conforme habla, echa una sopa de pan en el tomate frito o en el amarillento aceite de la pipirrana, en deliciosa mezcla con la yema del huevo duro y el ajo. Es curioso verle como la punta del tranchete empuja al pan para que se empape bien. Una gota de aceite se le quiere escurrir por el labio inferior. Pero no hay cuidado de que se caiga, porque con el revés del tranchete, en su parte gruesa, lo arrastra de abajo arriba, dejando la barbilla y el labio completamente limpios.

La conversación gira generalmente en torno a la problemática del campo, de la huerta. Le escuchamos hablar de como pintaron las cabañuelas y las retornas, o de si el día de la conversión de San Pablo, veinticinco de enero, estuvo totalmente raso, por que si es así, ya sale a relucir el refrán: «Si raso lo vieses, agranda la era que no te caben las mieses». Nos habla de si las patatas han tenido el escarabajo o el tomate la mosca blanca o paulilla; de si las berenjenas fueron atacadas de la araña roja, o de si a las habas les salió el jopo zorrocloco. De si los higos se agusanaron por el agua de las últimas tormentas. Habla también del muermo que padeció la burra o del agrión o esparaván de la mula. Nos dice si los precios del mercado están por los suelos o si la contribución la han puesto por los cielos.

Es conversación sabrosa, y como digo, de mucha lección. Con expresiones nada académicas pero que en su vocabulario resultan tan familiares y conocidas y que hoy se añoran por haber caído prácticamente en desuso. Recordaréis esos dichos y saludos sociales, como: «Dios guarde», «A la paz de Dios», «¿Quién es?», «Paz», «De salud sirva», «Salud para rezar por su alma», «Mejorando a osté», o aquellas... «En semejante sitio», «Manque esté feo señalar», «En mis cortas o en sus cortas luces», «Es menester ver», y palabras sueltas como: «malacatón», «habemos», «acato», «otavía», «truje», «vélay», «condios», «endispués», «mesoriginó», y un largo etcétera. Y hasta el académico hogaño, que tanto se empleaba, cayó en el olvido.



Mucho más quisiera añadir sobre tan queridas y afables vivencias, que imagen y reflejo son de los honrosos quehaceres y sentires de la aristocracia labriega de nuestras tierras.

De estas gentes sencillas, nobles y honradas, en quienes la palabra podía sobrepasar el valor de una escritura. Estos son los hortelanos de Jaén que he conocido y tratado. Hortelanos de plena dedicación a sus inseparables huertas, trabajadores sin tregua en la labor y con presencia siempre en ellas, por aquello que el refrán aconseja: «Los pies del hortelano no echan a perder la huerta», y procurando en todo tiempo no incurrir en otras sentencias: «Labrador chuchero, nunca buen apero», y «Labrador de capa negra, poco medra».

Y esto ha sido amigos, una breve pincelada cargada de afectos y añoranzas, sobre aquellos hortelanos de nuestros jaeneros ríos y de tantas cosas y decires que de ellos oí, escuché y aprendí. Y en base a ello, en raíz a aquellas cordiales vivencias, termino parodiando unos versos de ese gran poema de Gabriel y Galán, titulado «Los pastores de mi abuelo»:

«Al arrullo coloquial de rústicos ciudadanos,
he charlado largamente con honrados hortelanos,
y he encontrado en sus sentires, cosas bellas que decir».

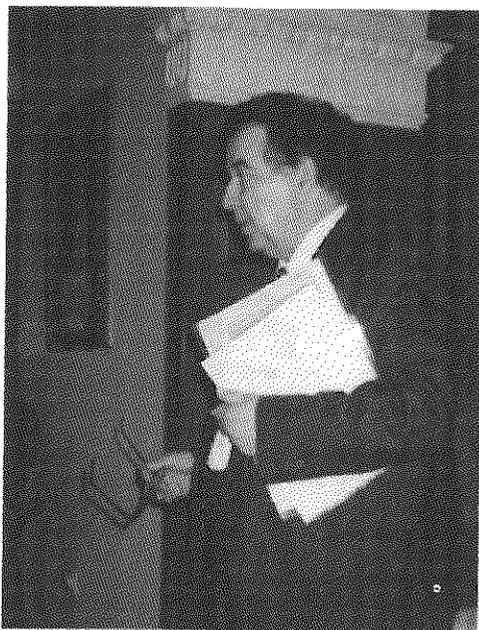
Pedro Casañas Llagostera

El fin de la intervención es acogida con sentidos aplausos y comentarios sobre la riqueza del vocabulario hortelano y la construcción desordenada de chalés en las vegas de los ríos de Jaén, que algunos no dudaron en calificar de verdadero atentado contra el patrimonio paisajístico, patrimonio que ha merecido aún menos atención que el arquitectónico en nuestra Ciudad. Otros, indignados, comentaban que no hacía falta irse a los ríos para ver atentados al paisaje, y citaban parajes de los alrededores de Jaén como la Imora, la Mella, las Fuentezuelas, Valparaiso o el mismo Jabalcuz, lugares encantadores, a los que acudían hasta no hace muchos años los amantes de la naturaleza para pasear, y que han quedado prácticamente irre recuperables, por la desidia administrativa y los intereses de los especuladores.



Mientras se hac an estos comentarios nos llega de la cocina cierto olor cillo conocido, y al poco comienzan a aparecer los camareros con las espinacas rehogadas con pasas y piñones, plato jaenero donde los haya.

Cuando más aplicados estábamos en dar cuenta de las espinacas, justamente cuando sonaban las doce de la noche en un reloj de pared y entrábamos en el día 24, el Prioste hace repicar nuevamente la campanilla para que comience a «puchelar» Miguel Calvo Morillo, el poeta de Martos, al que nuevamente hubo que avisar manualmente para que se enterara. Para esta Cena nos ha traído, según dijo en una pequeña introducción, un poema que escribió en 1958 y que presentó a un certamen literario organizado con motivo de la Feria de su pueblo.



En el más absoluto silencio, que contrastaba con la bulla anterior, Miguel comenzó su

Canto a la belleza de la mujer marteña

I

*P*or la alta Andalucía – como el olivo y el cielo
 como el lirio y la retama – como la piedra y el viento,
 como la noche y la luna – como los campos inmensos
 la mujer es la concreta – definición de lo bello.
 La mujer es el paisaje – que abraza el cielo.
 Es como el campo feraz, – como el rosal y el almendro;
 suave como las colinas, – arisca como los ciervos
 blanda como la caricia – del arroyo soñoliento.
 Como el águila, altanera – sencilla como el romero,
 tersa como la manzana, – fragante como el espliego.
 firme como las palmeras – retando a los cuatro vientos,
 y como las golondrinas – eterna con los recuerdos.

II

Yo he visto pozos profundos – con una sonrisa dentro,
 sonrisa fría y callada – donde el agua imita al cielo.
 En lo alto de los montes – he visto el verde romero

y he visto los verdes pinos – y las flores del cantueso.
Azul, el lirio, en el valle – y cerca de un arroyuelo
un zarzal acollarado – de cascabeles pequeños.
Junto al camino una encina – un almendro y un ciruelo
y más lejos, las endrinas, – ásperas como los celos.
Tu cuerpo que se define – en el árbol y en el tiempo,
de los campos que te envuelven – copiaron tus ojos bellos.

III

Cuando las tórtolas cantan – y el grano se da a los vientos,
cuando el trigo simboliza – el trabajo del invierno;
cuando se pueblan los agros – con dulces cantares viejos
nacidos junto a la trilla – bajo el sol ardiente y fiero;
cuando se apilan los rútilos – montecillos de oro viejo,
cogí un manojo de espigas – y recordé tus cabellos.
¡Qué alegre estaba la tarde – cuando los negros vencejos
iban rasgando los aires – como chiquillos traviesos,
rompiendo su algazara – la monotonía del tiempo,
quebrando la soledad – con el zigzag de su vuelo.
Acudieron a mis manos – y cuando quise cogerlos
se escaparon presurosos – y recordé tus cabellos.
¡Qué rojas amapolas, – como el sol, cuando a lo lejos
se desangra lentamente – como si estuviera muerto;
coral de los verdes mares, – herida de los barbechos,
sangre transformada en flor – o en rubí de mil reflejos;
junto al camino había una – y al tocarla con mis dedos
me dieron escalofríos – y recordé tus cabellos.

IV

No me acuerdo de las cosas – y de tí siempre me acuerdo;
y es que la sangre que llevas – la llevo en mi mismo cuerpo;
y es que la alondra que canta – melancólica en el cerro,
me concentra en el paisaje – y en él he visto tu cuerpo:
moreno como la sierra – y los montes que, a lo lejos,
me recuerdan la silueta – de tus deliciosos pechos;
en las hazas que se entregan – el arado – blando hierro –
que mezcla con el sudor – las semillas y los vientos,
en el mar de las besanas – donde los surcos son besos;
en la siembra generosa – virgen madre de lo eterno,
que es casta mujer – que va guardando secretos,

y en la tarde que se pierde – sobre una yunta de ecos.
Melancólica, la noche, – se ha convertido en almendro
y en cada ramo de estrellas – he vuelto a mirar tu cuerpo.
La mujer es como el árbol – del paraíso del tiempo
y han brotado de sus ramas – dulzuras y sentimientos.
Junto a tu sombra he dormido – árbol de frutos pequeños
y mi sueño lo arrullaba – el jilguero de tus besos;
y tus hojas parecían – como un corazón inquieto
latiendo cuando la brisa – movía sus largos dedos;
la savia de su ternura – la bebes en el reguero
que hizo la Virgen María – lavando junto al romero;
y cuando la luna siembra – de plata tus tallos viejos,
y tu tronco carcomido – se inclina cansado al suelo,
cada arruga que te cubre – es un lejano recuerdo
que se fundirá en la tierra – para florecer de nuevo,
para florecer radiante – lleno de vida y de fuego
en las sutiles mujeres: – campo y flor – luz y misterio.

V

Mujer, agua cristalina – que corre por un regato
y se enturbia cuando torpe – no sabes medir el tacto.
Como transparente nube – cargada con los milagros
de la lluvia generosa, – que bordará por los prados
un cañamazo de flores, – y en las esquinas del nardo
iniciales con adornos – de palomas y de barcos.
En tu cuerpo se resumen – las esencias de los campos
y es tu corazón la espiga – multiplicada en cien granos
y hecha blanquísimo pan – tierno con tu regazo.
De los troncos que se queman – en los hogares de hogaño
como símbolos de vida; – del hombre que trabajando
se consume lentamente – en las hogueras del agro
surgió el fuego de tus venas – fuego de amor puro y casto.
Las abejas de tu gracia – de los granados libaron
ensangrentadas promesas – y mieles de dulce intacto.
Qué de callada armonía – tienen tus ojos de lago,
el ensueño de la bruma – le hace recitar un cántico.
Sobre sus riberas duermen – juncos sutiles y altos
como celosías preciosas – de tus soñadores párpados.
Y en el fondo de sus aguas – cuantos gritos se han ahogado,
gritos de mujer que sangran – porque el amor no encontraron.

Fue la generosa luna, – junto al callado regajo,
la que cubrió tu desnudo – de clasicismos de mármol,
y al recostarte en la yerba – las flores se avergonzaron
al ver que tu cuerpo era – como un vaso de alabastro
labrado con las sutiles – filigranas de tu encanto.
Como una estrella suicida – que de el cielo se han arrojado,
como un copa tartessa – hecha de nieve y de pétalos
para que beban amores – los más delicados labios.
Como eterno río que pasa – dentro del cauce llevando
nuevas aguas, nuevas vidas – hacia el mar hondo y lejano,
hacia el mar, donde las olas, – son besos de labios blancos,
como las suaves caricias – de tus delicadas manos.

VI

Ya no tengo aquel pañuelo – hecho de tus dedos mágicos,
el pañuelo que bordaste – una mañana de mayo
con aromas de membrillo – y fragancias de geráneos
tus lágrimas recamadas – y el trotar de los caballos.
Mujer, cuando te recuerdo – no puedo llorar y canto,
y aunque no tengo el pañuelo – que me bordaron tus manos
dentro del alma te llevo – te llevo junto a mis labios,
te llevo en mi corazón – que es un corazón de Martos.

ENVÍO

¡Oh, mujer deliciosa de nácar y de bronce!
Tú tienes en tu almohada mil ensueños bordados,
la tristeza del llanto en un cofre escondido
y el presente del céfiro asomando a tus labios.
clavel rojo nacido del fuego de esta tierra
que guarda en sus entrañas la gloria del pasado.
Tu vida es la sonrisa que alegra nuestras vidas,
tu cuerpo de virtudes sagrado relicario.
Tu tienes la silueta del ánfora fenicia
y fuiste modelada por exquisita mano,
de Roma te infundieron la forma y la belleza,
de Grecia la dulzura del verso y el halago.
Besada por el sol de tu arabesca gracia
emergió en tu aurora la Alhambra de tu garbo,
Isabel de Solís se transforma en Zoraida

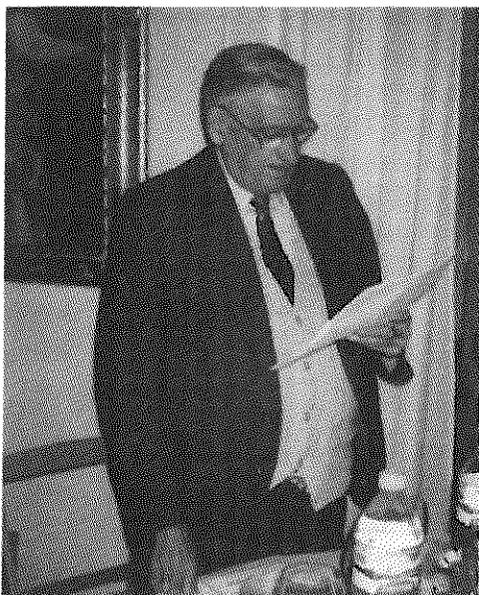
dejando por tu cuerpo girones de su encanto.
Castilla, generosa, maternal y soberbia,
la rueca y el rosario depositó en tu mano,
la bravura de Irene junto al encanto tuyo
hicieron de tu cuerpo un hermoso retablo.
Qué delirio de coplas en tu pecho dormido,
la guitarra del viento lleva oculto tu canto,
y el puñal de la noche, tornasolando calles,
buscó en la siguiuya el ritmo de tus pasos.
La fragancia se escapa de tu cuerpo de cisne,
y la tarde te ofrece su misterio en un ramo
y el plinto del crepúsculo para poner tu alma
que encierra las promesas de los barcos anclados.
El esquite de plata de tu melancolía
con la brisa callada de tus sueños dorados,
se ha quedado dormido. Las campanas despiertan,
y el pueblo que te guarda se ha vestido de blanco.
Los olivos te brindan un collar de esmeraldas
y ciñen tu cintura sus infinitas manos,
mientras que desde el cielo la Virgen de la Villa,
bendice tu dulzura y te ofrece su manto.
¡Oh, mujer deliciosa de nácar y de bronce,
madrigal de lirismos y grandioso pasado!
¡Oh, clavel que has nacido junto a la Peña altiva
y que has llevado en vientre el verbo de un gran santo!

LAUS DEO

Miguel Calvo Morillo

Loas y fuertes aplausos para el poeta, que, si bien había llegado a la Cena un poco remiso, especialmente en el comer y en el beber, lo cual en Miguel es una novedad, por algunos padecimientos que arrastra, al terminar su intervención, se ve que se le había pasado la hipcondría, y ya era el de siempre, perspicaz, ocurrente y dotado con una gracia especial que le permite captar y transmitir lo popular como nadie.





Un nuevo y ordenado despliegue de camareros, dirigidos por el maestresala, nos trae el plato más fuerte de la noche, el cordero en salsa guarnecido, a cuyo consumo nos entregamos con deleite. Las copas, como es natural, se abastecieron de vino tinto.

A estas alturas de la Cena, la campanilla reclamó a Francisco Olivares Barragán, el médico de los animales, que con su tranquilidad característica se levantó, sacó del bolsillo de la chaqueta unos folios, los desplegó, se caló las gafas y se puso a leer un cuento que, por lo que he oído después, está basado

en un hecho real ocurrido en Beas de Segura.

La víctima

Las tres de la madrugada dieron en un reloj. Las calles estaban completamente solas, y únicamente de vez en cuando se oía algún coche. Vicente se asomó entreabriendo la puerta de su casa, y al ver que no pasaba nadie, sacó sigilosamente un saco, y cargándolo sobre sus espaldas avanzó calle abajo hasta desaparecer en la lejanía.

Pero aunque Vicente creía que no lo había visto nadie se engañaba, pues todos sus movimientos eran seguidos por Luis y Alejandro, dos vecinos suyos.

-¿Te has dado cuenta?

-¿Claro que me he dado!

-Esta es la cuarta noche que hace la misma operación.

-Bueno, la cuarta que lo vemos nosotros, pero no sabemos cuántas llevará.

-Lleva cuatro con esta, que es el tiempo que hace que volvió del viaje.

-Yo ya no tengo duda alguna, pues el bulto de esta noche confirma mis sospechas.

—Entonces, ¿tú crees?

—¿Es que tú lo dudas?, he podido ver cómo sobresalía una cosa larga por la boca del saco, y yo creo que es un fémur o algo así.

—Tenemos que tomar una determinación sin más remedio, acabó Alejandro mientras se retiraba preocupado hacia su casa.

—Mañana hablaremos, se despidió Luis yéndose hacia la suya.

~*~*~

Hacia tiempo que Vicente vivía en aquella casa. Se presentó un buen día acompañado de una anciana. Alquilaron la casa y nunca quisieron tener el menor contacto con la vecindad. El era antipático a más no poder, y por mucho que los vecinos intentaron trabar amistad con él no lo pudieron conseguir. La mujer era aún más antipática, y tan huraña que apenas saludaba a nadie las pocas veces que salía a la calle, pues él hacía la compra, y no era extraño que se pasaran meses y meses sin que se les viera el pelo. Solamente se sabía de ella que se llamaba Vicenta, que era muy fea y algo cojitranca y nadie pudo averiguar si era mujer de Vicente, si madre, si abuela, si tía o si prima, y los vecinos se preguntaban que sería lo que Vicente le tocaba a aquella mujer.

~*~*~

Varias noches atrás, cuatro exactamente, como dijera Alejandro, se vio salir a Vicente con mucho sigilo y con un saco auestas. Lo que contuviera aquel saco era un misterio; pero por las precauciones que tomaba antes de salir, supusieron Luis y Alejandro, los únicos vecinos que estaban al tanto, que se trataba de algo tan horroroso, que no se atrevían siquiera a pensar.

—¿Míralo! —le dijo Alejandro a su vecino apenas vio salir al hombre la noche siguiente cargado con su saco.

—Debemos seguirlo a ver que hace.

—¿Y si nos descubre?

—Lo haremos con disimulo.

Y tiraron detrás de él apenas recorrió unos pasos. Caminaron largo rato procurando no perderlo de vista, pero una considerable dis-

tancia, hasta que vieron que se dirigía a las últimas casas. Salió al campo y llegó hasta el río.

-Va al río -susurró Luis.

-Ya lo veo -bisbiseó Alejandro.

El hombre llegó hasta el puente, y mirando con recelo hacia todos los lados, descargó el bulto, y tomándolo con las dos manos, no sin trabajo, lo puso sobre el pretil, y dándole un fuerte empujón lo arrojó al agua.

Los dos vecinos aterrorizados volvieron corriendo, pues ya no les cabía la menor duda de que aquel hombre había cometido un crimen y se estaba deshaciendo de la víctima poco a poco.

-¿Quién podrá ser?

-No hay duda, la mujer.

-Es verdad, hace mucho tiempo que no se la ve por ninguna parte.

-¿Y qué vamos a hacer?

-Acudir a la policía.

☺ ☺ ☺

-¡Yo no he hecho nada! gritaba Vicente cuando fueron a detenerlo.

-¿Nada, eh? le dijo uno de los policías mostrándole una enorme hacha que había encontrado en el dormitorio, junto a la cama.

-Yo les explicaré... verán, es que yo...

-No diga nada -le contestaron mientras le colocaban las esposas- cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra.

Y se lo llevaron ante la expectación de toda la vecindad.

☺ ☺ ☺

La sala de audiencias resultó pequeña para contener a la multitud que había acudido a presenciar el juicio. En primer lugar le tomaron declaración a Alejandro, que era quien había dado su nombre cuando hicieron la denuncia. Después de las formalidades de rigor comenzó el interrogatorio.

-¿Conoce usted a este hombre? -le dijeron señalando al acusado.

-Sí, creo que se llama Vicente.

-¿Quiere relatar lo ocurrido?

-Durante cuatro o cinco noches lo hemos visto mi vecino Luis y yo salir de su casa con un saco lleno de despojos humanos, pues salía con muchas precauciones y los arrojaba al río. Una noche creímos ver asomar por la boca del saco un fémur.

Un murmullo se levantó entre el público.

-¿Y qué más?

-Hemos echado de menos a la mujer que vivía con él.

-¡Asesino! -se oyó una voz indigna.

-¡Criminal! -gritó otro.

-¡Silencio! -dijo el juez.

Una vez restablecido el silencio, y como Alejandro no tuvo más cosas que añadir, se sentó de nuevo en su sitio.

Cuando Vicente subió a declarar, el público de la sala mostró su indignación y repulsa con muestras de desagrado y algún que otro entrecortado silbido.

-Se le acusa a usted de asesinato en primer grado -le dijo el fiscal.

-¿A mí?

-Sí a usted.

-Verá, yo... no...

-Limítese a contestar a las preguntas que se le hagan, ¿es verdad que ha salido usted varias noches de su casa con un saco a cuestas?

-Sí, es verdad -contestó Vicente.

-¿Y que caminaba con él hasta el río donde lo arrojaba con su contenido?

-También es verdad.

-¿Reconoce usted esto? -Le preguntaron presentando ante él el hacha que había encontrado en el dormitorio.

–Sí, es mi hacha.

–¿La utilizó usted para deshacerse de ella?

–Sí

El murmullo anterior subió de tono y nuevos insultos salieron de todos los labios.

–¿Reconoce que iba echando los pedazos en el saco, y luego lo llevaba a tirarlo al río?

–Lo reconozco –exclamó el hombre con voz entrecortada– veo que lo saben todo.

–Naturalmente. ¿Quiere explicar a la sala porqué lo hizo?

–Por que ya estaba muy vieja...

–¡Asesino! –gritó una mujer sin poder contener su indignación.

–¡Sádico, sinvergüenza! –chilló otra.

–¡Canalla! –exclamó una tercera.

Y las voces iban en aumentando hasta convertirse en un griterío infernal.

–Silencio! –gritó el juez– ¡si no se callan haré desalojar la sala!

Vicente continuó hablando.

–Y además estaba coja.

–Pero eso no es motivo... –dijo el fiscal.

¡Protesto! –exclamó el abogado defensor.

–Admitida la protesta –concedió el juez.

–Continúe su declaración, ¿alega usted que estaba coja?

–Sí, y además ya no me servía para nada. Aunque tengo que reconocer que sentía por ella mucho cariño.

–¿Hacía mucho tiempo que estaba a su lado?

–¡Huy!, de toda la vida. Cuando nací estaba en la habitación. Puedo decir que lo primero que vieron mis ojos fue a ella.

–Sería su madre –dijo uno.

–O a lo mejor la comadrona –exclamó alguien.

–¿Y cómo pudo hacer semejante cosa? –preguntó el fiscal.

-No, si yo no quería hacerlo y hasta traté de que se la llevaran los de la basura...

-¿Los de la basura?

-Sí, pero me dijeron que ellos no cargaban con muebles viejos, y entonces aprovechando que no estaba ahora en la casa mi tía Vicenta, que también le tenía mucho cariño, y no quería que nos deshiciéramos de ella, decidí hacerla polvo con el hacha y tirarla poco a poco, pues ni yo solo podía bajar la cómoda por las escaleras, ni la podía tirar a ningún sitio.

Pero las últimas palabras de Vicente no las oyó casi nadie, pues el público decepcionado fue abandonando la sala.

Francisco Olivares Barragán

El inesperado final del cuento fue recibido por los oyentes con grandes aplausos. Los cuentos de Olivares saben diferentes cuando los lee él, con su aspecto bonachón y su voz apacible y reposada, cargada de cierta irónica pachorra.



Acabados los aplausos, y mientras degustábamos la fruta del tiempo del postre, me llamó la atención la acalorada conversación que mantenían dos serios y sesudos Amigos de San Antón, que estaban sentados en la mesa de al lado, y cuyos nombres omitiré por motivos que después comprenderéis, sobre el bigote de las españolas y la agría polémica suscitada en el último Mundial de Fútbol de Inglaterra sobre el particular. La conversación que, por lo que pude saber luego, había surgido al contemplar un cuadro que colgaba de una de las paredes de la sala, en el que se veía el retrato de una dama que, vestida a la usanza del siglo pasado, lucía un espléndido bigote. Lo que yo pude oír fue más o menos lo siguiente:



–Sí señor, los ingleses llevan razón. Eso no está «bonico» en una mujer.

–Y a ti ¿sabes lo que te pasa?

–¿Qué?

–Que tienes inquina a los ingleses por lo de Gibraltar y que eres un xenófobo.

Y el otro, cada vez levantando más la voz, le respondió:

–Los ingleses no tienen derecho a meterse con el bigote de nuestras mujeres. Eso es una ofensa.

–Pero, ¿cómo pueden meterse con uno de los rasgos más característicos de la raza española?

–Eso lo dicen de pura envidia, porque sus mujeres no tienen.

–¡Xenófobo!, los ingleses sí que son unos xenófobos –y dijo también otras palabras más gruesas que no me atrevo a transcribir aquí–

–Y tú, que sepas que si te avergüenzas de los bigotes de las españolas es porque eres un mal patriota y un mal defensor de nuestra raza...

Afortunadamente, la campanilla, como en el boxeo, interrumpió la disputa, porque sino no sé dónde habría acabado aquello. La campanilla había sonado para dar paso a la intervención de Antonio Martínez Lombardo, «Maolico», especialista en la construcción de ripios y en declamarlos.

El romance de don Fidel de Gonzallo (II)

Distinguidas señoras, mi Prioste y amigos todos:

Estoy obligado, en primer lugar, a pedir mil perdones a las señoras por si me he «pasado de rosca» en el ripio que les leo a continuación. Creo que, después de habernos metido en nuestras casas la «telebasura» de las cadenas estatales y las privadas y las llamadas revistas del corazón con sus fotografías pornográficas, el que yo me limite a hacer un ripio un poco «verde» puede ser un mal menor.



También, en mi defensa, culpo al señor Casañas y al señor Ahumada por haber sido los que me han forzado (entre comillas) a que continuase el romance.

Dicho esto, allá voy

Mi Prioste:

*H*a dos años que le dije
que el romance de Gonzallo
si Dios me concedía vida,
haría por continuarlo.
En nuestra última Cena
no cumplí lo ya anunciado
y hoy quiero, si me es posible,
continuar lo empezado.
Les recuerdo,
por si lo han olvidado,
final de primera parte
en que el capitán Gonzallo,
mesándole las barbas al anciano,
el muy villano.

II

Montó de nuevo en su potro,
cortando otra vez el viento,
en busca de su mesnada,
dejada en el campamento.
La noche avanza imparable,
noche fría, tenebrosa,
noche de truenos y rayos,
noche que anuncia tormenta
y decide pernoctar
en tonificante venta.
Rubicundo y orondo ventero,
palafranero eficiente
y moza de amplio y generoso escote
reciben al de Gonzallo
mostrándose complacientes.
Sabrosa y opípara cena,
jarra de añejo y buen vino
reponen a D. fidel

de los desgastes tenidos.
Tras amena sobremesa,
bien reposado el yantar,
la guapa y rolliza moza
-toda ella un monumento-
acompaña al caballero
a do está su aposento.
El fogoso D. Fidel,
todo doloso y ardiente,
así le dice a la moza:
«fermosa doncella,
estás imponente
y en esta alcoba
de luz esplendente
gozarte quisiera,
mi linda ventera,
si vos lo consientes;
habéisme enardecido,
anhelo vuestros favores
para apagar los deseos
de mis crecientes ardores».
La moza, pícara y socarrona,
contéstale a D. Fidel:
«no es que quiera defraudaros,
no es propicia la ocasión,
pues esta misma mañana
comencé la menstruación.
También sabed, caballero,
no necesito de vos
para saciar mis placeres;
hasta satisfecha estoy
por gallardo mozo
de aquestos lugares».
Rechazado el de Gonzallo,
se retiró a descansar
y hasta conciliar el sueño
despierto quiso soñar.
Rememoró lances pasados
de conquistas amorosas
y sucesos ocurridos
a algunas hembras curiosas.

Recordó lo sucedido
a dama de compañía
de su última conquista,
que espiaba lo que hacía
a la condesa Evarista.
Esta curiosona dama,
llamada doña Fitina,
que en un rincón aburrída
está hecha fosfatina,
con la saya arremangada
procura salvar sus apetitos
sirviendo de lenitivo
una pata torneada
de maqueado taburete
del estilo isabelino.
El sueño le va venciendo
y nos deja de narrar
qué le pasó con el paje
Livino López de Atedio,
que era hermoso y que tenía
el culo con raya en medio.
Despertóse D. Fidel
harto, feliz y contento
y cabalgando de nuevo
tornóse a su campamento.
Recibiéronle sus huestes
con muestras de alegría y contento,
tina con agua templada
para baño confortante:
después de tanto ajeteo
le apetece al de Gonzallo
hacer minucioso aseo.
Con mucha delicadeza
dentro de un baño de pies
se lavaba la cabeza
de su «cosa» D. fidel,
cuando su criado Publio
le anunció unas grandes comisiones
que venían de varios puntos
para poder contemplar
sus famosos compañeros.

Al ver D. Fidel entrar
a la comisión francesa,
para poderlos admirar
los puso sobre la mesa.
Un francés al contemplar
tan grandes y hermosas «ubres»
dijo: «oh, bien podían estar
en el Museo del Le-u-bres.
Y sin más explicaciones,
excusas ni argumentos
le cortaron sus «colgantes»
y se fueron tan contentos.
Vetustos narradores aseveran
que un diablo aventurero
de la región del Campeche
se llevó al bravo guerrero
al infierno echando leche.

Antonio Martínez Lombardo

El fin de la intervención de Antonio Martínez Lombardo fue muy aplaudido, especialmente por los más jóvenes de los presentes, que siempre habían considerado a don Gonzallo un rival peligroso. Otros, de los más mayores, por el contrario, mostraron cierta animosidad contra «Maolico» porque decían que esa muerte tan mala no debía dársele a un amigo de tantos años como don Gonzallo, que aunque tenía sus defectillos... Pero, en fin, ahí quedo la cosa.



Tras un corto intermedio en el que unos camareros se dedicaron a retirar de las mesas los platos y el vidriado que habían servido para la cena, y otros a traer los dulces y licores que habían de alegrar la sobremesa, el Prioste hizo sonar nuevamente la campanilla para que se hiciese el silencio y pudiera leernos el trabajo que había preparado para la ocasión María Isabel Sancho Rodríguez, único miembro femenino, por ahora, de

los Amigos de San Antón, maestra de maestros, estudiosa de la enseñanza en Jaén, entre otras cosas, y persona de grandísimo corazón.

Entre olores a sultanas de coco, roscos de anís, yemas de Las Descalzas, empanadillas hojaldradas, y en absoluto silencio, tanto por el interés de escuchar a la interviniente, como porque teníamos las bocas llenas, nos dispusimos a oír la alocución de Maribel, que por el título parecía que tenía que ver con el género rosa.

Casamiento de don Juan Caballero Alzate

*M*i padre, en nuestras tardes de investigaciones en común, me repetía constantemente que para los investigadores eran tan valiosas las líneas principales de cualquier trabajo como todas sus excrecencias colaterales. Más de una vez se lo habréis oído decir. Personalmente lo tengo bien probado pues, a veces he empleado toda una jornada en cualquier archivo deteniéndome en detalles que poco o nada tenían que ver con lo que a aquel lugar me había llevado, pero me apasionaban de tal modo que me impedían apartar la vista de determinado legajo o documento.

En una de esas deliciosas desviaciones de mi camino, me entretuve con un expediente matrimonial fechado en mayo de 1863 y en el que los contrayentes eran don Juan Caballero Alzate, de 19 años de edad, y doña María Úrsula Emilia Pérez de 20. El expediente no habría atraído mi atención de no haber sido porque, como sabéis, el susodicho joven era uno de los numerosos poetas de mediados del XIX, en los que por aquel entonces me ocupaba, amigo y tertulio de Almendros Aguilar y Montero Moya.

Nada más ver el nombre del novio pasé a leer con más detenimiento el documento, cuyo contenido, aunque quizás conocido por algunos de vosotros, en estos días de casorios largamente comentados en diarios y mentideros políticos y sociales, quiero transmitir o, mejor dicho, que sea el texto, por sí mismo, el que nos lo cuente. Veamos lo que dice el representante de los novios, Juan de Torres Mesa

«que mis representados, como libres y solteros, (...) se han querido hace tiempo, vajo palabra mutua de casamiento, que desearon realizar por tener la edad competente para ello, luego que el D. Juan Caballero fué colocado de Telegrafista en la estación de dicha ciudad de Baylen, hará como un mes poco más, pero fantándoles para este acto el consentimiento de dichos su Padres, han cometido la falta de fugarse la D^a Emilia

con el D. Juan su futuro y prometido Esposo, en las primeras horas de la noche del diez y seis de Mayo último, de la casa de su madre la D^a Antonina con quien estaba en esta Ciudad, sin ser notada, y trasladándose a la de Baylen donde aquel está colocado como bá dicho, se entregaron al amancebamiento reprovado por las Leyes canónicas, y civiles, como medio que sin ecsaminar sus funestas consecuencias les mobió sus mutuas ardientes pasiones, para conseguir licencias de sus padres, á fin del acto matrimonial que deseaban, sin otro plan ni pensamiento contrario á su entender a la sana moral. Dado á este suceso la publicidad que es consiguiente, y querellandose la Madre de la D^a Emilia, como tutora legal de su hija (...) a las Autoridades Eclesiásticas y civiles de esta Capital, de la fuga de aquella con el D. Juan Caballero, se hiban a practicar contra este los procedimientos criminales prevenidos en nuestro Código, pero afortunadamente se suspendieron y terminaron en las prestación de las licencias del Padre y Madre de mis representados, lo que están prontos a ratificar de nuebo en el Tribunal de V.S: para que aquellos puedan contraer su Matrimonio por los ritos canónicos establecidos, alejando así la falta cometida, el amancebamiento que hoy tienen y que con ese egemplo cese la murmuración pública...»

En situación bastante apurada debió de verse nuestro poeta, como podemos deducir de lo escrito, menos mal que la novia no tuvo ningún empacho en jurar que

«espontanemante se fugó de la casa de su madre y que no ubo rapto ni biolencia alguna y que no fue inducida forzada ni atemorizada para ello por el D. Juan Caballero (...) pues el mucho cariño que al mismo le profesa le ha mobido a salirse de la casa de su madre...»

y gracias a esta autoinculpación, con las correspondientes autorizaciones paternas, se les dispensa de las proclamas públicas

«para la pronta celebración del matrimonio en que se halla interesado el decoro de D^a Emilia y la Moral de esta población...»

por lo que es de suponer que la boda se celebraría sin más sobresaltos para los contrayentes.

Además de destacar las innumerables peculiaridades del texto escrito, atribuibles algunas a las variantes ortográficas de la época y las más a la imperencia del escribano, podríamos, a buen seguro, deternernos en el comentario de las anteriores palabras desde diversos aspectos, sobre todo si tenemos en cuenta la cantidad de tinta que ha corrido con motivo de la boda civil de un político de nuestro actual gobierno. Poco han cambiado los tiempos y poco la actitud de muchos ante la vida privada de nuestros semejantes. Desde luego la maledicencia y la crítica han existido siempre, y tanto Jaén como Bailén eran en

aquella época ciudades pequeñas, en las que todo el mundo se conocía y por tanto, es de suponer que serían habituales las habladuras y murmuraciones ante cualquier circunstancia que pudiera animar la aburrida vida cotidiana.

Mediocre poeta, aunque Cazabán lo definiera como «*de extraordinaria facilidad e ingenio chispeante*», Juan Caballero consiguió sus versos más acertados en la poesía festiva y jocosa, aunque de vez en vez nos ofrezca logrados y sentidos momentos, especialmente con los familiares y cotidianos versos dedicados a su hija, de los que selecciono algunos, en los que el mismo poeta reconocía, como puede verse, la «pobreza» de su poesía

<i>Hija del alma,</i>	<i>que se aperciba</i>
<i>Ángel del cielo,</i>	<i>ni el más pequeño</i>
<i>duerme tranquila,</i>	<i>rumor: que duerma</i>
<i>duerme en tu lecho;</i>	<i>tranquilo sueño.</i>
<i>que tú no sabes</i>	<i>Yo se lo guardo:</i>
<i>el bien inmenso</i>	<i>yo se lo velo;</i>
<i>de aquel que goza</i>	<i>con mis cantares</i>
<i>tranquilo sueño.</i>	<i>yo la adormezco;</i>
<i>No hagáis ruido</i>	<i>que solamente</i>
<i>guardad silencio</i>	<i>este ángel bello</i>
<i>que no despierte;</i>	<i>halla sonoros</i>
<i>callad: no quiero</i>	<i>mis pobres versos.</i>

(Ante la cuna de mi hija. *La Semana*. 1878)

Montero Moya, íntimo amigo suyo como es sabido, prologa su obra póstuma *Horas perdidas* (Jaén, 1882) y entre líneas deja transparentar la contradictoria y paradójica personalidad de Caballero: amigo de sus amigos, buen marido, y tierno padre de familia, su espíritu observador y crítico y, a la vez, su fino buen humor de abundantes pinceladas mordaces y ácidas debieron de granjearle más de un disgusto, como se puede apreciar en la hábil descripción de Montero

«tierno y bucólico para cantar las dulces impresiones de su ánimo, áspero y duro combatir los vicios o las preocupaciones...».

Su retrato se conserva gracias a Cazabán y al propio Caballero, quien, en un alarde de gracejo e ironía, se autodefine como

«flaco, zanquilargo y feo, / de nariz colosal, ojos hundidos, / más feo que los feos conocidos / largo de cuello, de espaciosa frente / modesto

en el vestir, y, aunque decente, / perdido, cual es moda entre poetas, / que no tiene jamás cuatro pesetas,...».

Antes hemos conocido un curioso pasaje de su vida personal a través de la frialdad del lenguaje documental, intentemos ahora, valiéndonos de aquellos textos, interpretar el trasfondo de algunos de los cantares de este mediano poeta giennense, que aparecieron publicados en su obra póstuma *Horas perdidas* (Jaén, 1882):

*Me acuesto pensando en ti
y á dormirme no me atrevo,
por temor á que dormido
sorprendan nuestro secreto.
Tú eres polvo, yo fuego,
ambos sentíamos amor...
tanto nos aproximamos
que el fuego nos abrasó.
Por la fuerza de los hechos
los derechos adquiridos,
ya no se llaman derechos,
que se llaman los torcidos.
Juré que nadie sabría
lo que pasó entre los dos,
crée que si alguien lo sabe
será solamente Dios.*

Indudable facilidad de versificación muestran estas cuartetas asonantadas en las que alterna la garbosa dificultad del verso oxítono con alguna que otra licencia métrica forzada. Desde luego, si con esta estrofa, con su *secreto*, Juan Caballero se refería a su fuga a Bailén, lo lamento por él, lo sabe Dios y, ahora, todos nosotros.

M^a Isabel Sancho Rodríguez

Mientras aplaudíamos la intervención de Maribel, no pude evitar hacer algunas consideraciones sobre ciertas particularidades de la condición humana: ¿cómo puede ser que dos personas, nacidas del mismo padre y de la misma madre, como don Juan Caballero y don Julian Caballero, el uno fuera bohemio, «perdido, cual es moda entre poetas», y el otro, el que fue propietario de esta casa entre 1895 y 1928, fuera una persona tan seria, comisario de guerra de primera clase y Gobernador de la Cofradía de N. P. Jesús? Hay preguntas que nunca tendrán respuesta.



Entre tanto, no se como, puesto que yo estaba en mis profundas reflexiones sobre la condición humana, los de la mesa de al lado, los mismos de la polémica sobre los bigotes de las españolas, volvían a la gresca. Esta vez, porque uno había dicho que prefería el «Anís Marie Brizard» al «Anís Castillo de Jaén».

—...Claro que sí, y mucho más suave.

—Si te bebes un trago de «Castillo de Jaén» y parece que estás bebiendo fuego.

—Eso tiene que hacer polvo el estomago...

El otro, que estaba a punto de que se lo llevaran los demonios, le contestó:

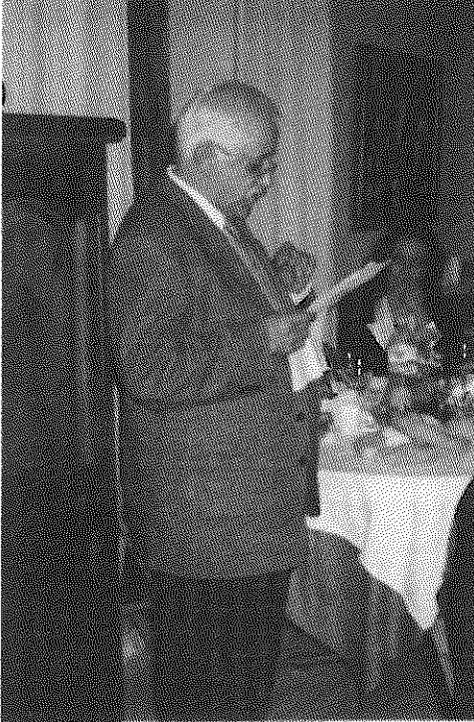
—¡Marie Brizard! Eso es una mariconada.

—Además eso es extranjero. Si nosotros no somos capaces de defender lo nuestro...

Menos mal que, otra vez, la oportuna campanilla salvó la situación. Yo creo que el Prioste se dió cuenta y adelantó la intervención de Felipe Molina Verdejo a propósito, para evitar que con lo «picaos» que estaban los dos aquello se convirtiera en «un lance de honor», como el que nos contó Manolo López Pérez al principio de la cena, y aparecieran las «navajas del santolio». Espero que el Prioste tomara buena nota y a esos dos no los vuelva a poner más juntos, y a Manolo le diga que tenga más cuidado con los temas de los que habla que luego pasa lo que pasa.

Cuando «Femover» levantó su dignísima estampa de poeta el silencio ya era absoluto.

Sonetos para reír y también para llorar



Me ha ocurrido a mí lo que, salvando las distancias, le ocurrió a aquel muchacho de Venusa, un tal Horacio, cuando «ibam forte Via Sacra», y topó con sujeto que le dio motivo para una sátira. Caminando yo por nuestras desacralizadas vías, me encuentro con objetos, como sujetos, que me demandan dedicación, bien que pasajera, de satírico. Atiéndola y escribo estas fanfarrias que ahora voy a leerlos, previa advertencia de que su contenido responde sólo a la particular impresión que dichos objetos me han causado y no ha de mermar en modo alguno el repeto debido a sus promotores y ejecutores.

Cuáles sean esos subjetivos motivadores, lo descubrirán enseguida vuestras mercedes, así como el exacto lugar en el que están colocados. Acometo, pues, la lectura de estos SONETOS PARA REÍR Y TAMBIÉN PARA LLORAR, que así los títulos para justificar el tono quizás histriónico en exceso con que deben ser leídos.

He aquí el primero:

*Ese que contemplais, ojos pasmados,
ocioso –no de alardes– monumento,
parto ha sido, tras largo ayuntamiento,
de montes con antojos malpreñados.*

*Mirad esos paneles retocados
por simular mejor alumbramiento
de la rasilla humilde y del cemento,
que mantuvo pereza amontonados.*

*Escoria fue de fábrica famosa
aquel estorbo oscuro de ruinas.
Hoy estorban igual, pero pintadas.*

*Tropiezan ojos en pajizo y rosa,
y cuando levantarlos determinadas,
borrachos de color, mueren de arcadas.*

El segundo soneto, que lo concebí en sitio muy próximo al que ahora ocupamos, pudiera yo llamarlo «Fanfarria en G menor» por lo que ahora escucharán ustedes.

*Aquí llegad lo que os decís curados
de espanto, y ved que nada semejante
hay en otro lugar para que espante
como estos esperpentos aferrados.*

*Yerros son más que fierros ensañados
de Hefaistos Guillotin, cojo y pujante,
y si cabezas no, pues no hay sobrante,
truncos puede quedar guillotínados.*

*Terror obliga a demudar el gesto;
ceño no habrá que no se frunza adusto,
si luego de este pánico repuesto,*

*-o de esta burla, corregís, y es justo-
mira patibulado el presupuesto,
verdugo el gasto y degollado el gusto.*

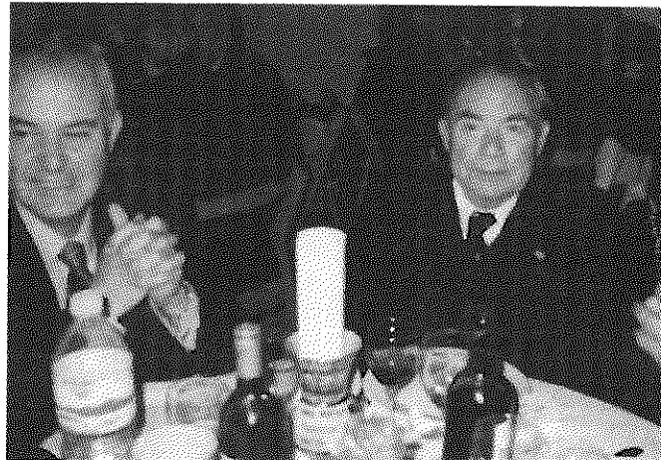
Felipe Molina Verdejo

Después de los aplausos, con los que todos agradecemos el ingenio y donosura de Felipe, como si de un concurso televisivo se tratara uno dijo:

—Ya sé, el primer soneto se refiere a la «Puerta de Alcalá».

Y parece ser que llevaría razón porque todos asintieron. Pero con el segundo no resultó tan fácil, un primero dijo:

—Se refiere a la escultura, o lo que quiera que sea, que pusieron hace unos años en el Parque a la que la gente le dice «La Jaula».



Un segundo, dijo:

—No hombre, no. Es el armatoste ese que han puesto en la Carretera de Granada, al lado del Felipe Arche, al que unos llaman «Lanzaguardeños» y otros «Lanzamanchegos».

Y un tercero, que yo creo que llevaba razón, dijo:

—¡Que va a ser eso! Se refiere a las planchas de hierro y vigas de madera con las que adornaron la plaza de la Audiencia cuando restauraron el Teatro Darymelia, a las que llaman «Homenaje al Ferrocarril».



En estas disquisiciones estábamos cuando el Prioste, haciendo sonar la campanilla, reclamaba nuevamente nuestra atención.

Palabras de despedida del Prioste

Amigos: No han cantado aún los gallos, pero lo harán pronto, y bueno será que su kikirikí nos coja ya recogidos.

La diecinueve edición de la Cena Jocosa o de Santa Catalina, ha tocado a su fin, con el regusto que queda de las horas transcurridas en afable, limpia y sincera fraternidad.

Año tras año, y aunque sólo sea por circunscribirnos a estos eventos, la Asociación Amigos de San Antón, viene escribiendo a través de estas cenas, fielmente reflejadas en sabrosas y bien cuidadas Crónicas, páginas entrañables que van quedando fijadas en el devenir histórico de nuestro querido Jaén. Perseverancia y vida que no nos falte para ediciones sucesivas y, como primer paso, ir ya pensando en la Cena de 1997, que como quien dice, ya está en puertas.

Hemos de decirnos adiós, y justo y necesario es, que no ha de ser sin antes volver a repetir una y muchas veces —que no es mal año por mucho pan—, nuestro reconocimiento más profundo a vosotros, Pepe y Mari Pura, que tan generosas atenciones habéis dispensado a esta Confraternidad de Amigos de San Antón. Gracias por el generoso gesto que habeis tenido y la más plausible felicitación por la labor realizada en la rehabilitación de esta hermosa mansión. Ejemplos como estos, harían que la cara del viejo Jaén tuviese otra fisonomía.

Y nada más amigos. Como siempre decimos en estas despedidas, que la paz, el buen hacer y la fraternal amistad que ha sido el denominador común de esta Cena de 1996, vuelva a repetirse en la ya deseada Cena de 1997.

El Prioste

Los últimos aplausos fueron para el Prioste, que se conoce que había escrito esto con anterioridad, porque eso de «la paz, el buen hacer y la fraternal amistad» ha brillado por su ausencia en algunos, si bien, todo hay que decirlo, los de la trifulca, merced a los buenos oficios del padre Casañas y de Juan Castellanos, se pidieron perdón mutuamente y acabaron dándose un abrazo.

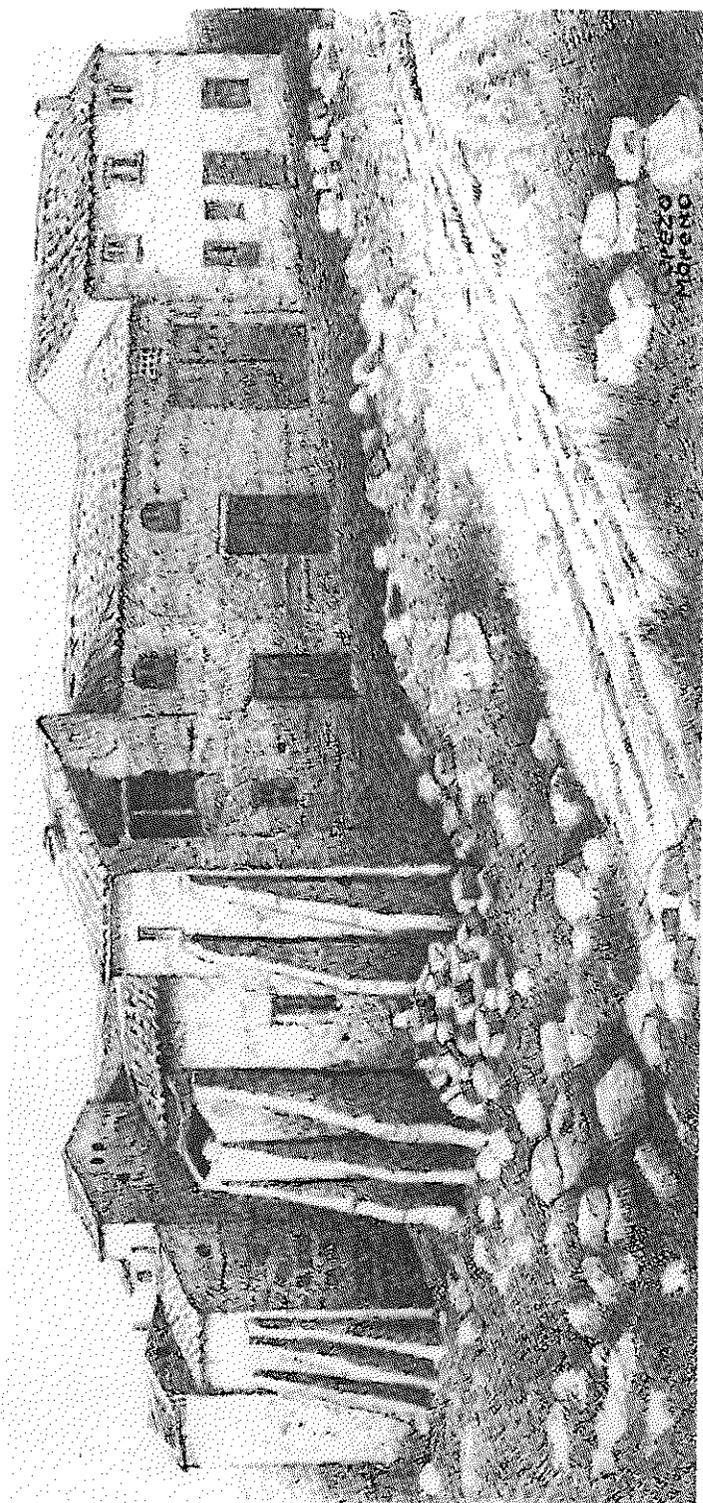


Inmediatamente después de los aplausos comenzó a sonar la música del Himno de Jaén, que compuso el maestro Cebrián, y todos cantamos, mejor o peor, la letra que hizo para él Federico de Mendizabal.

Faltaban unos minutos para las tres de la madrugada, y todo el mundo fue recogiendo el jarroncillo de cerámica de Arjonilla, que este año se ha hecho de recuerdo, la crónica del año anterior que se repartió al principio de la cena, y algunos se llevaron la minuta, la tarjetilla y hasta la rosca de pan.

Después de despedirnos y dar las gracias nuevamente a los anfitriones por el magnífico trato que nos habían dispensado, y abrocharnos los abrigo hasta el cuello, porque la noche era fría, fuimos saliendo, contentos, hacia nuestras casas.

Y, como si de un grito de guerra se tratara, en esos momentos, se oyo una voz que decía «sukikiriki».



Cortijo de la familia Eslava. (Fuerte del Rey).
Dibujo de Francisco Cerezo Moreno.

ADDENDA:

DE LO QUE POR FALTA DE TIEMPO NO PUDIERON LEER
ANTONIO MARTOS GARCÍA Y VICENTE OYA RODRÍGUEZ

Recetas Magistrales

Tiempo después de haber entregado a nuestro Prioste cierto trabajo sobre la curación de enfermedades para su inclusión en la crónica de la «cena jocosa» del pasado año, leí con la delectación acostumbrada, lo escrito por el ilustrado doctor Jerez sobre unas cartas de curanderos que habían ido a parar a sus manos y de las que se ocupó de viva voz en la intervención realizada en la cena correspondiente al año 1994. Con cierta sorpresa no exenta de orgullo por haber coincidido con tan notable médico, comprobé que los dos nos habíamos ocupado de la extraña forma de curar los orzuelos, así como de la «medicina» que el afamado «santo Custodio» endilgaba a sus pacientes.

Esto, que en un principio fue motivo de satisfacción para mí, rebinando, se convirtió en constante regomello al caer en la cuenta de que cualquiera podría interpretar que había existido plagio donde sólo hubo coincidencia.

Pongo a todos mis ancestros por testigos, que no existió tal, pudiendo asegurar sin temor a equivocarme, que no escuché de labios del doctor Jerez referencia alguna a curación de orzuelos ni a la «medicación» empleada por el curandero antes dicho, habiendo podido suceder que, ocupada mi mente por algún ingenioso pasaje de la intervención a que aludo, perdiera el hilo y no lo escuchara, cayendo por tanto en coincidencia de repetición.

Es por ello que doy comienzo a mi intervención aclarando a esta notable concurrencia lo sucedido, que si bien en lo más íntimo me llena



de satisfacción, he de dejar constancia de mi inocencia en lo que aparentemente tiene todos los visos de plagio.

Asimismo, quiero advertir que si bien en mi anterior exposición figuran en impresentable batiburrillo emplastos, friegas y supercherías, junto con productos elaborados por laboratorios y expendidos en farmacias, a los que me atrevía a calificar como remedios caseros, lo fue así por que los mismos formaban parte del arsenal curativo que tenían las madres, y eran aplicados de acuerdo con su criterio o siguiendo el consejo de avispada vecina, que de todo había. Es decir, no mediaba receta de galeno.

Hechas salvedades y contando con vuestra benevolencia, quisiera entrar en el capítulo de los agradecimientos, que todo es necesario.

En primer lugar, pongo a los pies de la sin par Maribel Sancho el más profundo de ellos, por que en recordada intervención del año pasado, relevó a los intervinientes en estas ya sonadas cenas, del engorro de tener que dirigirse a la concurrencia con un: «Amiga y amigos» o «señora y señores», lo que nos hubiera asemejado a esos personajes de vida pública que, en los llamados «medios de comunicación social», gustan decir: «compañeros y compañeras», «españoles y españolas», «farmacéuticos y farmacéuticas...».

Asimismo, mi agradecimiento a don Juan Luis Pérez, farmacéutico, propietario de profunda y acogedora rebotica sobrevolada por maquetas de aviones de atrevido diseño y en la que no es difícil encontrar destripado ordenador, por cuyos complicados circuitos, navega como consumado argonauta el aludido.

Sin su inestimable ayuda, esta aportación no hubiera tenido lugar, aún cuando sólo Dios sabe si no tendrá que arrepentirse de ello por el mal enfoque que dé a sus sabias explicaciones.

Mi agradecimiento también, a su eficaz colaborador, mi buen amigo Pepe Cruz, que también ayudó y no poco.

Rendidas estas pleitesías, como diría un castizo: «vamos al turrón».

Expuesto quedó, que los tiempos eran difíciles y en ese contexto, hemos de estudiar algunas de las más usuales enfermedades, las que eran combatidas con muy escasos medios y mediante preparados conocidos como «fórmulas magistrales».

Para empezar, nos ocuparemos del sarampión, el cual se presentaba con multitud de manchas rojas y pequeñas, junto con lagrimeo, estornudos, tos y fiebre.

De no existir complicaciones, que podrían derivar en bronconeumonía, se trataba de una enfermedad benigna (yo diría que, de obligado cumplimiento) que se curaba con reposo en cama caliente, procurando protección y limpieza de ojos, nariz, garganta, sin perder de vista al oído. Era muy recomendable habitación con poca luz y a ser posible, en tono rojizo, lo que se conseguía envolviendo la lámpara con alguna prenda de este color.

Caso de temerse complicaciones broncopulmonares, se administraba un preparado a base de acetato de amonio, tintura de canela, extracto de quina, agua destilada de melisa y jarabe de cortezas de naranja amarga.

Para no hacerme pesado, he omitido las dosis que, de cada producto, se componían los preparados.

Contra la tosferina, se recomendaba la aspiración de aire puro y vacunación a base de dos gotas por año, de éter de Kay o bien un preparado de extracto de fluido de grindelina, tintura de belladona y jarabe de poligala.

En horas tempranas, la alameda y el lugar conocido por «Capuchinos» era el sitio preferido por nuestros mayores para llevar a sus retoños a que desfogaran a modo sus ansias tosedoras, formando desconcertado concierto de toses que poco a poco iban amainando al poner en contacto las vías respiratorias con el puro vientecillo que por aquellas horas de la mañana corría.

También «La Glorieta», «la Fuente de la Peña» y Caño Quebrao» eran lugares propicios para los infantiles tosedores.

Las ascarias y tenias, conocidas popularmente como lombrices y solitarias, se combatían a base de un preparado de helecho macho reforzado con un enema de medio litro de agua jabonosa para arrastrar los restos de los parásitos.

Para el caso de que no fuera expulsada la cabeza, había que repetir el tratamiento pasados diez días como mínimo, de ahí que se usaran para las deposiciones orinales conteniendo agua caliente para que no se rompiera la tenía.

Existían unos polvos envasados en una especie de carterita de papel, donde figuraba el dibujo de un orinal por cuyos bordes asomaban innumerables cabezas de tan molesto parásito, dando de esta forma reseña gráfica de la bondad del producto.

En el llamado «Callejón de las Uvas», se montaban puestos de herbolarios donde, en tarros de cristal, se exhibían solitarias de color blancuzco y métrica longitud, sirviendo como anuncio a los preparados que ellos vendían.

Tales parásitos, eran propagados por los perros, de los que había gran cantidad vagando por las calles.

De ahí que la Corporación Municipal tomara el sabio acuerdo de nombrar a un «perrero» para dejar nuestras calles limpias de tan contaminantes animales.

Se exigía a sus propietarios la vacunación de los canes, dotándolos de una chapa adherida al collar, demostrativa de tal medida prolifáctica y se recogía a todos aquellos que no fueran provistos de dicha acreditación.

Estos eran guardados durante cierto período de tiempo en un pabellón que existía a la entrada de la alameda por la Puerta del Ángel, a la derecha, y sino eran reclamados por sus dueños, sacrificados.

Durante los días que duraban su encierro, aullaban de manera casi continua como presintiendo su pronta muerte, lo que invariablemente llegaba por gaseamiento.

Me viene a la memoria un individuo de alta estatura, mondada cabeza y rostro inquietante, portando una especie de garrota a cuyo final se había colocado un aro de hierro que sujeta a una cadena terminada en argolla que se introducía por el mango, formando así una especie de lazo con el que capturaba a los callejeros canes.

Tan mal carado personaje, gozaba de las antipatías generales de la chiquillería y era abucheado a modo cada vez que aparecía arrastrando a escuálido animal que empleaba sus escasas fuerzas en resistirse a su sentencia.

Con la solidaridad de la que sólo es capaz la escasa edad, la grey infantil se dedicaba a espantar e incluso esconder a los perros en cuanto aparecía su verdugo.

Como el espectáculo resultaba un tanto deprimente, se humanizó poco tiempo después con el nombramiento de otro perrero, de edad algo más avanzada, más agradable semblante y que empujaba un carro cubierto donde metía su presa.

En llegado el invierno, aparecían unos gloriosos sabañones producidos por la anemia.

En su fase inicial, había que darse aplicaciones de alcohol, alternando con glicerina icionada o pomada de tanino.

Si se producía ulceración, había que tomar baños calmantes y antisépticos con una solución diluida de permanganato potásico, aplicando a continuación una pomada de bálsamo del Perú y nitrato de plata.

Al recuerdo me vienen muchos compañeros de juego con las orejas enrojecidas y llamativas protuberancias. Eran los sabañones, que habían encontrado acomodo en sus pabellones auditivos.

En aquellos tiempos de innumerables carencias, puedo certificar con pleno conocimiento, que no existía placer mayor que el suave rozar de un pie descalzo en cuyo dedo pequeño anidaba enrojecido sabañón, con el filo de chapa del brasero.

Las paperas era otro tipo de enfermedad infecciosa y epidémica además de contagiosa.

Se trataba aislando al paciente en cama y sometiéndolo a un régimen de alimentación líquida, amén de aplicación de pomada de belladona o vaselina guayacolada, anudando un pañuelo al cuello para dar calor a la parte afectada. En el caso de que hubiera fiebre o dolores, se aplicaba un purgante ligero con un poco de antipirina, bromuro o salicilato de sosa.

La falta de higiene, el hacinamiento en viviendas malsanas cuando no en cuevas, propició el florecimiento de la sarna, que se transmitía con pasmosa rapidez de uno a otro chiquillo y de ahí, al resto de la familia.

Se combatía con pomada hecha de azufre, talco, óxido de zinc, glicerina y agua.

La tiña era también muy usual en aquellos tiempos y se le notaba al que la padecía por presentar falta de pelo en diferentes partes de la cabeza.

Era tratada con talio, lo que producía la depilación del cuero cabelludo, el cual, seguidamente, era tratado con repetidas pinceladas de tintura de yodo diluida.

El tifus exantemático, conocido como «piojo verde», se había convertido en verdadera epidemia que únicamente podía ser combatida a base de vacunación con gérmenes muertos, a ser posible, procedentes de piojos de la misma epidemia.

Al mismo tiempo, era necesario el rapado de todas las partes pilosas del cuerpo de la persona afectada, así como la desinfección a fondo de sus ropas.

Generalmente, padecían esta enfermedad personas que no practicaban ningún tipo de higiene, viviendo hacinadas en habitáculos inmundos y en condiciones infrahumanas.

Se procuraban ocultar por todos los medios, ya que cuando eran cogidos, se les conducía al pabellón existente a la entrada de la alameda de donde salían totalmente rapadas, viendo cómo sus destrozadas ropas lo eran aún más al ser introducidas en calderos que contenían agua hirviendo y donde eran desinfectadas a conciencia, por lo que les devolvían unos andrajos que apenas si les servían para tapar sus vergüenzas.

Si bien y por el momento quedaban libres de parásitos, se encontraban en los crudos inviernos con sus ropas totalmente inservibles, lo que agravaban aún más su precaria situación, amén de que el rapado de la cabeza era sinónimo de estigma y castigo, ya que también podía suponer desafección al régimen, al haber cometido un pequeño delito o el dedicarse a la prostitución, si era mujer la rapada.

De ahí que procuraban esconderse lo más posible, con lo que la epidemia adquiría mayor virulencia.

Mi barrio, por ser paso obligado de tales personas, estaba muy transitado por guardas municipales que llevaban asidos del brazo a estos seres que, mansamente, se dejaban llevar al ya mentado pabellón que, al tiempo de servir como perrera, acogía a estas pobres gentes que habían de ser desinfectados.

Por entonces, la enfermedad más temida era la tuberculosis, para la que no existía remedio específico alguno.

Su tratamiento, reposo prolongado, alimentación variada y abundante, vida al aire libre y clima apropiado, lo que en aquellos tiempos

de escasas y malas viviendas amén de un duro racionamiento alimenticio, no dejaba de ser un cruel sarcasmo.

Además de estas recomendaciones, se administraban preparados hechos con colina o bien silicio, sulfonas y cobre.

Se podría decir que tal enfermedad, a causa de la situación creada por la reciente guerra, era mortal de necesidad, toda vez que los principales remedios eran inapelables a la inmensa mayoría de los afectados.

Nuestra población tuvo la suerte de disponer de uno de los escasos sanatorios repartidos por la geografía patria, que si bien no pudo atender a todos los escasos que se presentaban, si palió, en lo posible, tan difícil situación, distinguiéndose en tan titánica tarea el doctor Sagaz Zubelzu, tan recordado por todos, quien al frente de un formidable equipo, palió en lo que pudo tan terrible azote.

Continuador de tan extraordinaria tarea fue el joven médico doctor Vera Megías, pero para entonces, ya habían quedado atrás tiempos tan calamitosos.

Con esta ligera muestra, podemos colegir fácilmente que el índice de mortalidad se había disparado hacia cotas impensables hoy en día.

Especial incidencia registraba la mortalidad infantil, pues raro era el día en que en una o más ocasiones, no era lanzada al vuelo en alegre repique, una de las campanas de la iglesia de San Ildefonso, dejando caer por los ámbitos parroquiales su bullanguera música, a la que los chiquillos habíamos puesto nuestra particular letra: «adiós papa, adiós mama, adiós papa, adiós mama...» no faltando alguna vieja que, entre dientes y a modo de oración, mascullaba: «angelitos a la Gloria, chocolate a la barriga».

Unas veces era algún compañero de juegos y en otras ocasiones, alguna niña de cuerpo delgado y grandes ojos, apenas columbrada tras semicerrados postigos de ventana baja, cuya única distracción era contemplar los juegos de los demás mientras la enfermedad la consumía lentamente.

Al producirse el fallecimiento, si era tiempo propicio para ello, se arrancaban de manera un tanto disimulada alguna que otra flor de los arriates plantados en los patios o de las macetas que colgaban de enca-ladas paredes, o bien se recogían flores silvestres en los ribazos cercanos, con los que hacer desmañados hacecillos para portarlos durante el entierro.

Si el tiempo no acompañaba, se habilitaban ramos hechos con flores de tela, papel o diminutas cuentecillas de vidrios de colores, que adornaban pequeños floreros de cómodas o aparadores, con la firme promesa de velar por su integridad y retorno a donde estaban.

El pequeño cadáver era introducido en un féretro de color blanco con galones dorados y expuesto sobre una mesa matancera que previamente se había cubierto con una sábana o colcha blanca y junto al cual, una desconsolada madre recibía el pésame, mientras en habitación contigua o en el portal, el padre, acompañado por algunos vecinos y familiares, daba nerviosas chupadas a un mal liado cigarrillo de sabe Dios que.

Al llegar la hora del sepelio, cuatro chiquillos portaban el pequeño ataúd al que le sobresalían por la parte baja unos listones de madera a modo de asidero, mientras que otros, en doble fila y procurando comedido comportamiento, portaban unas flores como homenaje al perdido compañero.

Primero a la iglesia, en cuyo atrio era rezado un responso y los familiares varones recibían el pésame, encarando después la calle del Arroyo, que era por entonces una especie de cauce por donde transitaban todos los entierros que en Jaén se celebraban.

Unas veces de niños, como el nos ocupa, otros de mozas o mozos que gozaban del privilegio de lucir un ataúd blanco como signo de pureza que se les suponía, por no haber sido casados, hasta que a alguien se le ocurrió la idea de que para perder la preciada virginidad, no hacía falta haber llegado al himeneo, por lo que fueron, en lo sucesivo, introducidos en ataúdes de color.

En ocasiones eran bamboleantes cajas de madera de pino sin pintar llevadas a hombros por acogidos en el hospicio de hombres y que correspondía a un compañero que había fallecido sin que nadie de su familia derramara una lágrima por él y en otras, eran opulentos entierros precedidos por varios gallardetes representativos de las distintas cofradías a las que pertenecía el finado, el cual era acompañado por don José Vera Mármol y Rafael, el sacristán de San Ildefonso, que con poderosas voces entonaban unos responsos para mayor gloria del difunto. Pero todos, fueran de la parroquia que fuera, transitaban por la calle del Arroyo.

Dejando atrás el portillo de San Jerónimo, se encaraba un polvoriento camino de sueltas piedras herido por profundos relejes que habían dejado los carros que cargaban mercancía en los tejares establecidos en su margen derecha.

A la izquierda, y sobre cariados pedestales de arenisca piedra, se alzaban unas mutiladas cruces representativas de un Vía Crucis que finalizaba sobre un cercano otero donde se alza la ermita del Calvario.

Poco después de iniciado este camino, se oía con nitidez el esquilón del cementerio, lo que motivaba que, de forma mental, repitiéramos lo del «adiós papa, adiós mama...».

Llegados a la puerta, se abría el ataúd y por parte de un cura algo duro de oído y portador en todo tiempo de amplio paraguas color ala de mosca que en invierno lo resguardaba de la fuerte lluvia y en el verano de la causticidad del sol, se rezaba un responso en latín. Terminado, se volvía a cerrar y procediendo al acompañamiento, introducido en un pequeño nicho que era tapado con una plancha de yeso y repellido con masa del mismo material, poniendo a lápiz, con desiguales trazos, el nombre del perdido compañero.

Sobre el pequeño poyete que quedaba, se depositaban las alicaídas flores como póstumo homenaje y sin ganas de juego, emprendíamos el camino de retorno.

Trasudado y despeado por el mucho trajín, uno se metía en la cama encogido de cuerpo y de ánimo. Que no es bueno, a tan temprana edad, transitar por los linderos de la Muerte.

Y como el relato de dolemas y fatigas se ha alargado más de lo que la cortesía permite, dejo para próxima intervención el volver sobre el particular. Para entonces, nos ocuparemos de lo que en aquellos tiempos dio en llamarse «enfermedades secretas de la mujer», conocidas también por enfermedades venéreas y más modernamente como enfermedades de transmisión sexual.

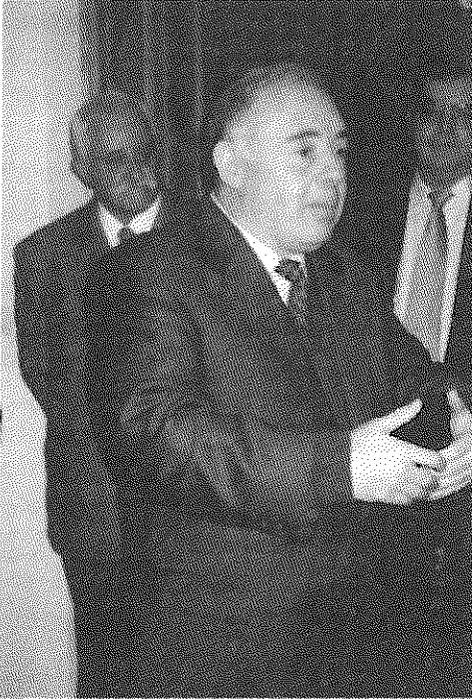
Hasta entonces.

Antonio Martos García

Los relojes ciudadanos

Los relojes, con insistencia machacona, en un desvelo permanente por medir el tiempo, nos ponen en la frontera del presente con el futuro. Cada instante tiene mucho de lindero, de límite, de historia hecha y por hacer, de todo lo que ocurre inexorablemente.

No cabe aquel «reloj, no marques las horas» de la copla. ¿Pasa el tiempo o somos nosotros los que nos pasamos? En todo caso son los



relojes los empeñados en demostrar lo que, como observaba el filósofo Heráclito, venía a demostrar que nunca nos bañamos en las mismas aguas del río. Porque ese río, que siempre corre hacia adelante, que jamás vuelve, porque va camino del mar que es el morir, el final, el acabamiento. ¿Acaso no pensó eso, entre nosotros, aquel Jorge Manrique, entrañablemente vinculado con nuestra tierra jaenera?

El primer reloj de la historia es el reloj de sol, que, como es sabido, se basa en la velocidad de rotación de la tierra sobre su propio eje, o en la aparente velocidad de rotación del sol en torno a la tierra. Es un reloj que descansa por la noche y en los días nublados. Aunque el

tiempo, claro está, sigue su marcha...

Luego vinieron los relojes mecánicos de los que ya nos hablan «Los libros del saber de Astronomía» de Alfonso X el Sabio, compilados en 1267-1277.

Y así hemos llegado a los relojes más precisos que son los alimentados por una corriente alterna generada por un oscilador de cuarzo. Y al llamado reloj atómico en el que la frecuencia de las oscilaciones de átomos o de moléculas excitadas consigue una gran estabilidad. Relojes muy precisos, pero que, en definitiva, no han podido detener el paso imparable del tiempo. Ni siquiera en el silencio y en la paz de Yuste, donde rodeado de relojes, murió el todopoderoso emperador Carlos I de España y V de Alemania. Ni siquiera en el mundanal ruido de la hora presente.

Decía, en una de sus greguerías, Ramón Gómez de la Serna, que cuando se para el reloj en una casa parece que no anda la casa. Y eso me parece a mí que le ocurre a la ciudad.

Nuestro Jaén tiene viejos y famosos relojes. Hay uno que no da sonoras campanadas. Es el entrañable reloj de sol de la fachada del mediodía de nuestra Catedral, con un texto clásico, expresivo, que advierte sobre el paso del tiempo y la brevedad de la vida por éstos pagos:

*«Atiende, a tí te digo mi carrera,
en breve tiempo pasaré ligero,
mas puede ser tu muerte más ligera».*

Este reloj de sol (que dio título a una sección periodística sobre la vida local del cronista José Chamorro Lozano, en *Diario Jaén*), como es natural, sólo registra las horas de los días claros y luminosos. ¿Y las noches oscuras de la Historia de Jaén, quién las ha contado? Tal vez el otro reloj mecánico, el de la torre catedralicia de las Campanas, marcando las horas diocesanas, de intensa historia escrita en viejos documentos que guarda el Archivo Histórico Diocesano. Este entrañable reloj fue donado en el pasado siglo por el canónigo, Francisco Civera Pérez (1804-1901).

Tiene nuestro Jaén el reloj oficial de la ciudad, en la iglesia de San Juan, con su Torre del Concejo, donde una famosa campana llena de bronces los espacios. La maquinaria que funciona por dentro y que cuida su propietario, el Ayuntamiento, acciona los mecanismos para que la gran campana de las horas. Hay en la campana una leyenda con caracteres góticos, una cruz labrada y un texto alusivo y los escudos del obispo, Pedro Pacheco (1545-1554). Ni que decir tiene que esta campana, desde la Torre del Concejo, ha marcado tiempos decisivos en la historia de la ciudad. En muchos momentos para tomar decisiones importantes. ¿Acaso no seguimos necesitando de campanas que no convoquen siempre en defensa de los intereses de nuestro Jaén, mientras se muere el tiempo y se pierden los trenes del progreso?

El reloj de las Casas Consistoriales figura rematando la fachada principal del edificio municipal, en la plaza de Santa María. No ha mucho incorpora a sus señales horarias un fondo musical con notas del himno a Jaén.

En el frontón que corona la fachada principal del Palacio de la Diputación Provincial hay un gran reloj. Una inscripción reuerda que dicho reloj fue adquirido por iniciativa del que fuera vicepresidente de la Corporación, Tomás Serrano Sanmartín y su colocación se hizo el día 18 de enero de 1915. Este reloj, acompañado del escudo de la provincia, da las horas provinciales. Con buen acierto, la Diputación hizo de este reloj, santo y seña de su actividad, logotipo que figura en sus publicaciones y en sus documentos.

En la Iglesia Parroquial de San Ildefonso, templo-santuario de la Virgen de la Capilla, y en la torre que da a la plaza, hay otro reloj ciudadano. Lleva incorporado a las señales horarias notas musicales de la popular jaculatoria de la Patrona de la Ciudad.

En la torre de la Estación de Autobuses, que data de 1949, un reloj contempla, con puntualidad, la entrada y salida de los coches de línea o de viajeros.

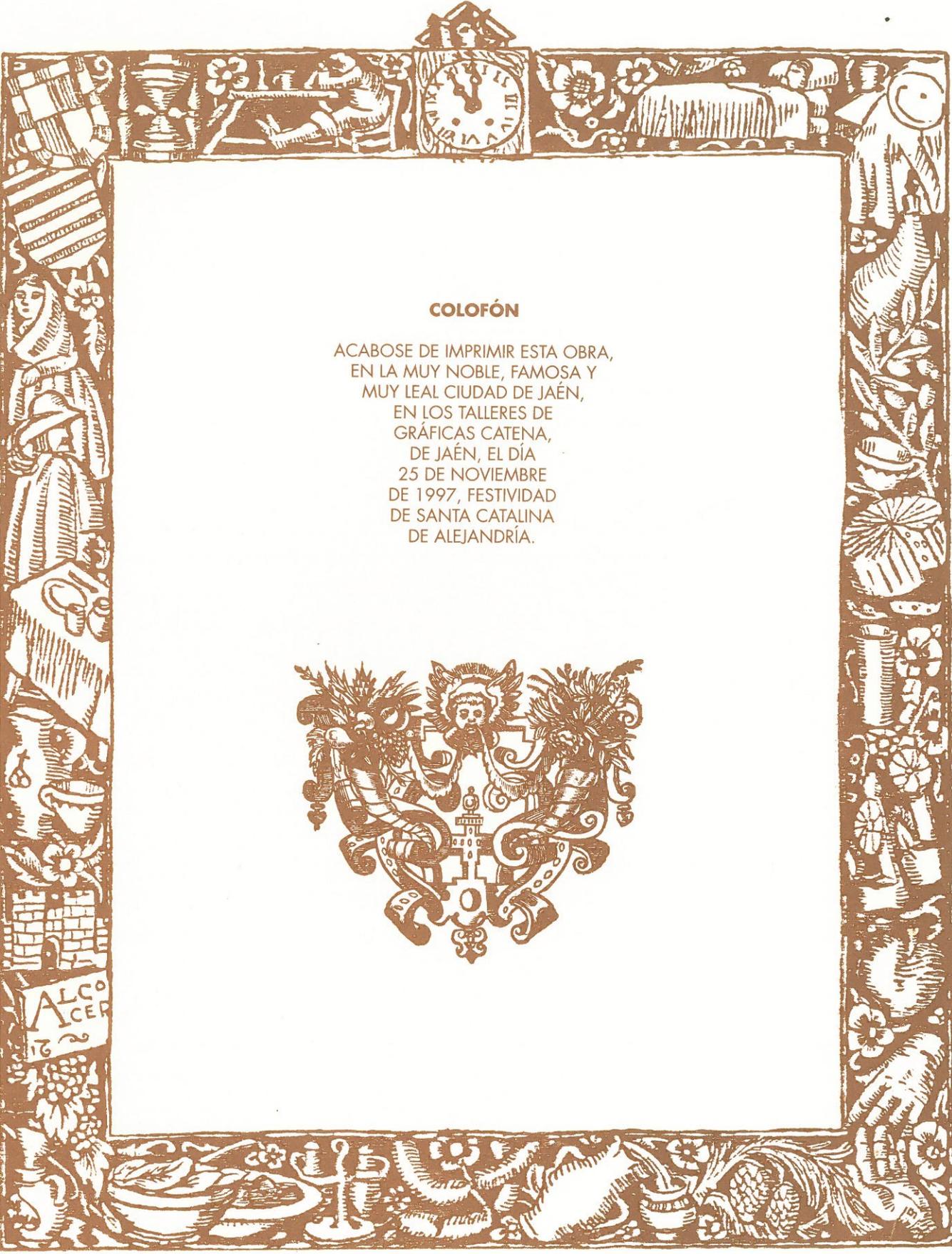
Y en la Residencia de las Hermanitas de los Pobres, en su fachada principal que da al patio central, abierto al Paseo de la Estación, sobre un frontón con espadaña de remate, otro reloj marca las horas lentas de los ancianos allí acogidos.

En lo espiritual tiene Jaén todos los relojes de las parroquias y de los conventos sometidos a la disciplina de los relojes de sol y mecánico de la catedral. En la vida política y administrativa, los de los municipios, presididos por el reloj provincial de la Diputación.

Ya no es la ciudad de Jaén tan tranquila y silenciosa como en otros tiempos pasados. Los ruidos de ahora no nos dejan oír las horas de los relojes. A veces parece que ni existen. Pero están ahí, permanentemente, señalando la frontera de cada instante en esta tierra fronteriza. Suenan sus voces de bronce y cuando las oímos no nos sentimos solos. Esas campanadas han superado muchas generaciones. Las oyeron nuestros antepasados y las oímos nosotros. Los relojes cuentan y miden el tiempo, es verdad. Pero también agrandan la memoria. Una mañana, hace ya bastantes años, los vimos parados como consecuencia de un terremoto. Pero luego echaron a andar. El reloj de sol catedralicio si suele descansar, porque siempre, siempre, siempre se negó a contar las horas de las noches oscuras, o de los días tristes, nublados. Esas horas malas en las que debe haber conjuras de fantasmas. El reloj de sol, tan sabio, renace tras la noche oscura, como San Juan de la Cruz, a la región de lo infinito donde ya el tiempo no se puede medir.

Los relojes ciudadanos, con sus campanadas, con sus avisos, incluso con sus silencios, mantienen viva el alma de la ciudad. Y nos hacen conectar con las cosas del espíritu.

Vicente Oya Rodríguez



COLOFÓN

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA,
EN LA MUY NOBLE, FAMOSA Y
MUY LEAL CIUDAD DE JAÉN,
EN LOS TALLERES DE
GRÁFICAS CATENA,
DE JAÉN, EL DÍA
25 DE NOVIEMBRE
DE 1997, FESTIVIDAD
DE SANTA CATALINA
DE ALEJANDRÍA.



ALCO
CER
16



25
Noviembre
1996